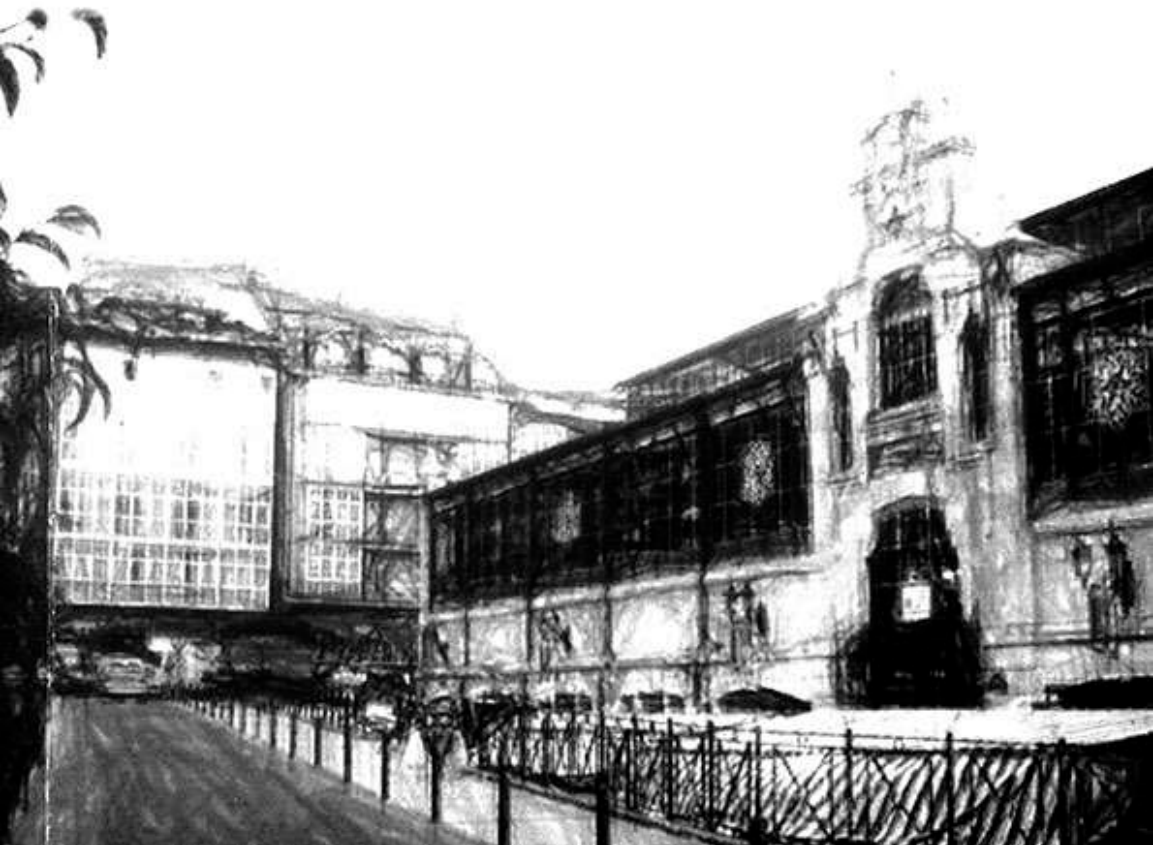
Narraciones, Anécdotas y Sucesos

SANTIAGO MALO SEGURA



NARRACIONES, ANÉCDOTAS Y SUCESOS

SANTIAGO MALO SEGURA

Es popularmente conocida la frase que dice "para sentirse realizado en la vida hay que tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro", pues bien, en el caso que nos ocupa, Santiago Malo no tuvo un hijo, sino diez, no plantó un árbol, pero distribuyó toneladas de sus frutos, y no publicó hasta la fecha un libro, pero escribió alguna decena.

La prematura muerte de su padre y el ser "uno de los mayores" de catorce hermanos, le hicieron desde muy joven, como se dice ahora, "ponerse las pilas", en este caso alcalinas. Así su juventud transcurrió en una incesante actividad cotidiana, entre sus estudios de profesor mercantil, el trabajo en la empresa familiar de distribución de frutas y vinos, su dedicación como profesor particular de sus hermanas, estudiantes de bachiller y magisterio, y la práctica de varios deportes (gimnasia con anillas, natación, piragüismo, lanzamiento de disco...), en los que por cierto, se reveló como un muy destacado y completo deportista.

De esta buena forma física y carácter generoso, es reflejo el hecho de no dudar en adentrarse, en días de fuerte marea, en la playa del Sardinero, y salvar de una muerte segura y en varias ocasiones, a personas que en un exceso de confianza estuvieron a punto de morir ahogadas, en aquellos años en que el único socorrista de una playa era una cuerda o maroma y la única bandera conocida era la nacional.

Precisamente haciendo de profesor particular de sus hermanas, descubre sin pretenderlo sus habilidades literarias, lo que se reveló enseguida con las destacadas felicitaciones y matrícula de honor que

obtuvo nuestra tía Angelita, de su insigne profesor D. Gerardo Diego, en los trabajos de literatura "dirigidos" por nuestro padre.

Pero la vida de Santiago no estaba llamada por ese camino (ni la de nuestra tía, que se hizo dentista y aún continúa ejerciendo la profesión), y no porque no tuviese "madera" de escritor, sino porque todos los que tenéis hijos sabéis lo "ricos, guapos y listos que son" ¡pero lo que cuestan!. No obstante, esta desconocida faceta de escritor de Santiago, junto con su afición por la lectura, han sido mantenidas de por vida.

Haciendo un digno frente al ineludible peso del transcurso del tiempo, hasta sus actuales noventa y cinco años, ha venido acudiendo a su oficina, y sin dejar a un lado su faceta de promotor-constructor, su mente aún despierta, recrea ideas o reconstruye algún proyecto aparcado de novela romántica, o de intriga, o del oeste (que de todo esto hay) y que plasma escribiendo en unas cuartillas o en el ordenador.

Llegado este momento, y ante la imposibilidad de devolver ni mínimamente sus esfuerzos, desvelos y generosidad, sus hijos editamos el presente libro que recoge curiosas anécdotas de su vida, entretenidos sucesos verídicos y relatos, de fácil lectura para todo tipo de lectores.

Con el afecto de sus hijos; Santiago, Mariló, Marta, José, Elena, Lourdes, Virginia, Alejandro, Rafael y Mónica.

OTRA ÓPTICA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Se ha celebrado hace relativamente pocos años con gran pompa, el quinto centenario de uno de los contecimientos más importantes de la Historia de la Humanidad, y como es natural, dicha efemérides ha traído a colación, los hechos y circunstancias, que dieron lugar a tan feliz suceso. Con estos datos, supongo que todo el mundo se habrá dado cuenta, que me estoy refiriendo al DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, por Cristóbal Colón.

Más que temerario, sería absurdo por mi parte, tratar de introducir opiniones sobre un tema, tan investigado y discutido durante siglos por preclaras mentes, que además dedicaron parte de su existencia, al estudio minucioso de la personalidad del Descubridor, y los hechos y circunstancias que le llevaron a realizar tan insigne hazaña, pero a través de mis lecturas y sobre todo la experiencia de mis muchos años, me voy a permitir exponer al lector/a, que tenga la paciencia de leerme, hacer unas observaciones que se me ocurren, dentro de la deliberada opacidad, de una conducta reservada, vista con una óptica de más de quinientos años.

Desde el primer momento se desprende, sin que nunca se hayan podido saber las causas, el gran interés de Cristóbal Colón de enmascarar el lugar de su nacimiento, si bien es verdad, que se

admite con bastante fundamento, que tuvo lugar en Génova. Y no sólo el lugar de su nacimiento, sino también de los avatares de su vida, llena sin duda de múltiples aventuras, ya que desde muy temprana edad, abandonó aquellos lugares, para convertirse en lo que podríamos llamar "un hijo del mar", recorriendo todos los mares conocidos por aquel entonces, navegando bajo las más diferentes banderas.

Como hombre de gran inteligencia natural, auténtico autodidacta, dominaba tanto práctica como técnicamente, todo lo conocido en aquellas fechas, sobre el arte de la navegación.

Hasta aquí, todo vulgar y corriente, sin nada que hiciera vislumbrar, el lugar inmarcesible que iba a ocupar en la Historia de la Humanidad.

Tratemos de averiguar, si ello es posible, la chispa, la razón, el motivo, que le iba a catapultar hacia la Fortuna, la Fama y la Gloria.

Durante siglos ha sido aceptada la teoría de que Colón, atrevido marino y sobre todo genial visionario, había intuido que la Tierra era redonda, y que para llegar a las Islas de extremo Oriente de Asia, lugares de donde procedía la seda y las especies, tan imprescindibles para la cultura y el hedonismo de los habitantes europeos, sustituir las interminables rutas que seguían las caravanas que transportaban dichas mercancías, desde regiones tan remotas, con el consiguiente peligro, gastos y sacrificios que ello conllevaba, para llegar directamente por mar hasta esas regiones, partiendo de la base de que la Tierra era redonda, y realizar el viaje más rápido y con mucho menos costo.

De este último error, se pueden sacar dos consecuencias. La primera que de no haber estado en su camino el Continente Americano, el viaje del Descubrimiento se habría retrasado años, o quizás siglos. la segunda y no menos importante, es que Colón, como hombre, sabía a ciencia cierta que a determinada distancia de las Islas Canarias, y siguiendo directamente en dirección Oeste, existían multitud de islas, ocupadas por hombres y mujeres primitivos, y que precisamente, por ese error de cálculo sobre la extensión terrestre, creía que se trataba de islas del Extremo Oriente.

Hoy, quinientos años después del descubrimiento, no se concibe en Colón posibles mesianismos o revelaciones exotéricas; pongamos los pies en el suelo, procediendo a discurrir con sensatez, o mejor aún, como personas que vivimos en el siglo XXI.

Entre los exhaustivos trabajos realizados sobre la vida de Cristóbal Colón, existe algo en lo que no hay unanimidad, y es que el futuro descubridor se vio precisado a permanecer durante una larga temporada en la Isla de Madeira, a donde llegó como consecuencia de un naufragio, abrazado a un madero que le permitió salvar la vida.

Cabe poner en duda, que esto último sea cierto, pero lo que si está comprobado, es que permanecio durante una larga temporada en la mencionada Isla, y una vez allí, ironías del destino, lo que estuvo a punto de hacerle perder la vida, fue la base de lo que más adelante sería el origen de su enorme fortuna e inmensa gloria.

A partir de ahí; vamos a tratar de cubrir los vacíos de la historia, empleando ciertas lucubraciones, que como tales, carecen de toda validez, pero que en mi modesta opinión, pueden acercarse a la realidad de unos hechos, acaecidos en una época ya muy lejana.

Existen pruebas, que durante su obligada estancia en la citada Isla, estableció una gran amistad con un marino portugués, que agonizaba lentamente en aquel lugar, víctima de una enfermedad, "la sífilis", que estaba acabando con su existencia.

Es de suponer, que el futuro descubridor, muy aburrido durante su larga estancia en aquel lugar, dedicaría muchas horas al cuidado del moribundo, hablando sobre un tema tan conocido para ambos, como era la navegación de altura, y el enfermo, agradecido a los muchos cuidados y atenciones que estaban recibiendo, y ante la imposibilidad de sacar partido a sus conocimientos, le informaría sobre su último y maravilloso viaje, en que impulsados por las tormentas, habían llegado a unas islas, habitadas por hombres salvajes.

Nos podemos imaginar, que de momento Cristóbal Colón lo pondría en duda, pero el enfermo, ante la imposibilidad de anunciar al Mundo sus descubrimientos, que le hubieran hecho rico y famoso, se decidiría a informarle, no solamente sobre el camino para llegar a ese destino, sino indicando la dirección de los vientos para el regreso. Cosa de vital importancia en aquel tipo de viajes, que su oyente retendría, como un ávaro guarda su precioso tesoro, separando como hombre inteligente, la realidad de la fantasía. Circunstancia muy digna de tenerse en cuenta en aquella época, imbuída por los maravillosos viajes de las Mil y Una Noches con su

héroe Simbad, y en que las supersticiones y los fantasmas campaban por sus respetos.

Cristóbal Colón por su parte, cuya inteligencia y con un sentido práctico que jamás puso nadie en duda, al fallecimiento de su informador, se habría hecho cargo del tesoro, que de una manera fortuita, había caido en sus manos, y se dispondría a sacar el mayor partido posible del mismo, en su propio beneficio, pero de momento se tropezaba con dos obstáculos insalvables.

El primero, importantísimo en aquella época, era que para llevar a cabo su plan, precisaba de la ayuda de una casa soberana, para legalizar las tierras que descubriera; el segundo y no menos importante, era la dificultad de hacer ver la realidad de su proyecto, sin descubir el mapa que llevaba grabado en su mente, y en el que con muy buen criterio, cifraba sus esperanzas futuras.

El problema que se presentaba por tanto, era prácticamente insoluble, pues por un lado, para convencer a las casas reinantes en Europa y a sus asesores, de la posibilidad de su viaje, tenía que revelar el secreto de su origen, que una vez dado a la luz pública, perdería todo su valor, quedando a merced de cualquier audaz navegante, que se llevaría los honores y el dinero. Por otra parte, tenía que convencer a los científicos y plebeyos, de que la Tierra no era plana, sino redonda, y esa simple suposición haría morir de risa a cuantos le escucharan; por lo tanto, si no destapaba el origen de su descubrimiento, no le harían el menor caso.

Con ese grave problema, Cristóbal Colón, hombre inteligente y mejor navegante, recorrió durante años las cortes europeas, que

ante sus inconcretas explicaciones, era siempre rechazado, caminando de fracaso en fracaso, y casi siempre entre las burlas más hirientes y despreciativas.

Volviendo el problema a una época actual, imaginemos por unos instantes, que una persona descubriera un procedimiento para fabricar gasolina, utilizando una primera materia abundante y barata, por ejemplo el agua del mar, pero que necesitase para ser puesta en práctica una inversión de muchos millones, siendo rechazada por la totalidad de los técnicos consultados, ¿cuál sería su situación, ante aquella encrucijada?.

En este último caso, si descubría su secreto, sería desposeido de su propiedad, encontrándose inerme y desvalido ante los grandes intereses, quedando expuesto a que algún desalmado, para evitarse futuras complicaciones, le eliminara de este Mundo. ¿No sería esta situación, como para desesperarse y maldecir de su mala suerte?.

En parecidas circunstancias calculamos estaría nuestro personaje, cuando en situación precaria, lindando con la mendicidad, en compañía de su hijo, llegó al Convento de la Rábida, solicitando, cual pobre mendicante, un poco de agua y comida para ambos.

No cabe duda, que entre la pléyade de mendigos desarrapados, que se apiñarían a la puerta del citado convento, tenía que resaltar su figura y su aspecto de persona inteligente. Tan pronto como el prior Juan Pérez, movido por la curiosidad, entablara conversación con aquel pobre de solemnidad, se daría cuenta de que se trataba de un hombre culto, que había visitado numerosos países, hablaba

varias lenguas, y había navegado por todos los mares conocidos de aquella época, siendo experto en geografía y en distintas materias, muy por encima del nivel medio de sus coetáneos.

En su total depresión, el paupérrimo Cristóbal Colón, debió poner en conocimiento de su bienhechor, su grave tragedia, es decir, que estaba en posesión de un valioso secreto, que no podía llevar a cabo sin ayuda Real, y que tampoco podía desvelar, ya que si fuese de dominio público, perdería toda su gran importancia.

Vamos a entrar de nuevo en el terreno de las suposiciones e imaginemos que el prior, tras informarse de su problema, le diera una solución tan sencilla como eficaz (ahora expongo una idea muy personal, ya que no existe antecedente alguno que lo avale), que se lo comunicara EN SECRETO DE CONFESIÓN, porque esta fórmula, que sigue teniendo vigencia, en aquella época, en la que la mentalidad religiosa rozaba con el fanatismo, tenía el valor de quedar bien guardado su secreto, y Colón, tras ciertas vacilaciones, acabaría por confesarlo a aquellos sabios y comprensivos monjes.

Y desde ese punto y hora, comienza la concatenación de circunstancias, que llevaron al descubrimiento de una islas, consideradas en principio, como situadas al sudeste del Continente Asiático "achicando" sin querer, la verdadera superficie terrestre.

Volviendo a recoger el hilo de nuestras hipótesis, entremezcladas con hechos que han quedado grabados en la Historia con caracteres indelebles, se sabe que el prior del convento, había sido confesor de la Reina Isabel la Católica, y como es natural, el antiguo confesor de la Reina, seguiría manteniendo relaciones a tan alto nivel, y es

fácil suponer, que con autorización expresa del interesado, y siempre bajo estricto secreto de confesión, comunicara a la Reina, la existencia de unas islas, ocupadas por gentes salvajes, a quienes se les podía enseñar la verdadera fé católica. Esa insigne Reina, ante semejante coyuntura, no vacilaría en prestar su colaboración, empeñando si preciso fuera, las joyas de la corona, para que se llevara a cabo la dudosa empresa.

Siguiendo con nuestras lucubraciones, es de suponer que la noticia de la existencia de un gran secreto náutico, se fuera divulgando, llegando a oídos de personas de elevada alcurnia, ya que el duque de Medinasidonia, grande de España, puso a disposición de Colón, siete años antes de su primer viaje, una carabela, siendo rechazada su oferta, ya que el futuro descubridor perseguía la protección de un Rey, para valorar ese futuro descubrimiento.

No entra en mis cálculos, exponer las vicisitudes sufridas por Cristóbal Colón, hasta conseguir la nave para iniciar su periplo, cosa estudiada y desmenuzada hasta el límite, sino insistir en la ABSOLUTA SEGURIDAD QUE TENÍA EL CITADO COLÓN, de la existencia de unas islas, habitadas por indígenas sin civilizar, que por error había situado en el sudeste Asiático.

Pero donde la evidencia de este supuesto, pierde toda posibilidad de discusión o duda, es en el momento, en que habiendo conseguido, con tanta paciencia como considerable esfuerzo, el permiso y la ayuda económica para tan arriesgada aventura, presentara unas exigencias tan exageradas y fuera de lugar, que alejan toda posibilidad de dudas, de que no supiera con plena

seguridad, de la existencia de dichas islas. Así está dispuesto a echar todo a rodar, volviendo a su pasada indigencia, antes que ceder en sus alocadas pretensiones, ya que SOLAMENTE PRETENDÍA: "El diez por ciento de los productos que se consiguieran en su empresa", y por si esto fuera poco "tanto para él, como para su descendencia, el título de Almirante de la Mar Oceana, e item más, ser nombrado Virrey y Gobernador de todas las tierras que se descubrieran, con los privilegios inherentes a ambos cargos, así como el derecho a elegir a los representantes de ciertos cargos de la Administración y de la Justicia, etc.". Exigencias que por desproporcionadas, fueron rechazadas de forma violenta, dentro del mayor escándalo.

Si nos detenemos a reflexionar sobre estas exigencias tan fuera de lugar, se puede sacar la consecuencia, que el "pordiosero" Cristóbal Colón CONOCÍA PERFECTAMENTE LA EXISTENCIA DE TIERRAS habitadas por tribus salvajes, a donde podía llegarse, siguiendo el paralelo a la altura de las Islas Canarias; pero este conocimiento, quería explotarlo el futuro descubridor, para conseguir el máximo beneficio a su favor.

De otra forma, no se concibe que al ser expulsado, con toda la razón del mundo, por sus disparatadas pretensiones, encontrase fuerzas en su orgullo, en su amor propio y en su gran egoísmo, para abandonar aquellos lugares, con un gesto de altanería, que volvía a sumirle en la más profunda miseria, considerando sin duda, que el secreto de que era poseedor, valía más de cuanto estaba solicitando, por disparatado que a todos les pareciera.

Afortunadamente para España, y sobre todo para él mismo, (ya que ocho años más tarde el marino portugués Pedro Álvarez Cabral, en viaje para la India, impulsado por las tormentas, descubrió Brasil), cuando montado en una mula, angustiado y hundido en la depresión más profunda, para enfrentarse nuevamente al oprobio y a la miseria, se dirigía a La Rábida, el Obispo Deza (nuevamente entra en funciones la Iglesia y el secreto de confesión) consiguió que se enviara a un alguacil, pra hacerle volver y asegurarle que se admitían aquellas disparatadas pretensiones, que fueron como el disparo de salida, para la consecución de la magna hazaña que cambió el curso de la Historia: es decir, EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Espero lector/a, si has tenido la paciencia de leerme, sepas disculpar las lucubraciones de una persona de edad, que precisamente por ello, por su experiencia, ponga en duda, que en la gestación de un hecho que por su importancia fue el inicio de la Edad Moderna, intervinieran elementos exotéricos o divinos, poniendo los pies en tierra a la luz de una evidente realidad, para encontrar una explicación lógica, considerando que aquello fue una concatenación de hechos naturales, cimiento y camino para llevar a cabo el glorioso descubrimiento, tantas veces mencionado.

LA HERENCIA DE UN VIEJO EGOÍSTA

(SUCEDIDO EN LA VIDA REAL)

-Es inútil que trates de engañarme, pues de ésta no salgo. ¡Ha llegado mi última hora!.-

Estas palabra eran pronunciadas por un anciano pálido y demacrado, con voz doliente, que reflejaba un estado de ánimo, rondando con la agonía.

-No seas pesimista, tío Julián, que aún le quedan muchos años de vida- le animó una joven que estaba a su lado, en tanto mullía sus almohadas para acomodar mejor su blanca cabeza, empleando el tono que se usa cuando se dirige uno a los niños pequeños, o a ancianos de salud delicada.

-Es inútil cuanto puedas decirme, pues nadie sabe mejor que yo el estado en que me encuentro, y éste es el principio del fin- y un apagado sollozo quedó ahogado en su garaganta.

A pesar de las alentadoras palabras de la joven, no hacía falta ser un experto, para darse cuenta que los días de vida de aquel anciano, estaban tocando a su fin.

El que había sido nombrado como tío Julián, era un hombre

nacido a finales del siglo diez y nueve, hijo único de una familia muy poderosa económicamente, y su vida había sido un tranquilo discurrir de días, sin otra preocupación que vigilar sus caudales, acumulando con evidente roñosería, una enorme fortuna.

Por otra parte había tenido desde muchos años atrás, a un matrimonio que administraba su casa con honradez y eficacia, sin ponerle pero alguno al exiguo salario que recibían, pues el llamado tío Julián, no parecía darse cuenta, que la vida se encarecía de año en año, con la promesa de que no tenían que preocuparse de su porvenir, ya que él pensaba dejarles en buena situación económica.

El llamado Don Julián Contreras, vivía solo, sin trato social alguno, ya que según su criterio, las amistades en la mayoría de los casos, sólo servían para pedir favores y comprometerle a reuniones sociales, que le impedían dedicarse a la lectura, a ver televisión y escuchar la radio, con lo cual se sentía feliz y satisfecho.

Como la felicidad nunca es completa, cuando sentía que una enfermedad se apoderaba de su cuerpo, se hacía cargo de la soledad en que se hallaba, y en esos momentos se acordaba de unos lejanos parientes que vivían en una amplia y señorial casa, en el centro de la ciudad, compuesta por un matrimonio y varios hijos mayores, reclamando por favor, la presencia de una de las chicas llamada Celia, para que le prestara su amable y gratuita atención.

En cierta ocasión que se vio precisado a someterse a una

operación de bastante importancia, ante la perspectiva de regresar a su domicilio, hizo una tímida alusión a su soledad, y estos parientes se apresuraron a ofrecerle su casa, donde viviría, como así lo hicieron constar, como si fuera de la familia. (En esta ocasión podía también influir, la gran fortuna del pariente sin herederos, pero ésto no guarda relación alguna con el presente caso).

Lo cierto es que en aquella ocasión, estuvo en la casa de dichos parientes más de un año, atendido a cuerpo de rey, (cuyo trato yo puedo atestiguar, por haber sido testigo ocasional de ello), y cuando en alguna ocasión exponía tímidamente su intención de regresar a su casa, se dejaba convencer rápidamente, ante las protestas de sus parientes, que aseguraban que para ellos era un placer, tenerle en su compañía.

De nuevo en su casa y pasado algún tiempo, se sintió morir, reclamando la presencia de su sobrina Celia, pues el servicio no estaba preparado para las atenciones que requería su estado, ya que en realidad, sentía que la inevitable muerte llamaba a su puerta.

Como es natural, la presencia de la sobrina no se hizo esperar, y una vez en su compañía, le suplicó.

-Quiero daros a toda tu familia las gracias, y a ti en particular, por las continuas atenciones y desvelos que a lo largo de estos años, me habéis venido dispensando, con tanto desinterés y cariño.

-¡Quién se acuerda ahora de eso!- le interrumpió la joven con forzada sonrisa. -Lo importante es que se ponga pronto bueno.

-Es inútil que trates de darme ánimos, porque esto toca ya a su fin, y te he mandado llamar para darte mis últimas recomendaciones. (Tras un acceso de tos, más fuerte y largo de lo ordinario, prosiguió)

-En estos momentos, me preocupa mucho el porvenir del matrimonio, Matilde y José, que durante tanto años me han servido con tanto fidelidad y devoción, por lo que quisiera que para tranquilidad de mi conciencia, te preocuparas tú, de que nada les falte hasta el final de sus días, pues ya son muy mayores, y no están para realizar esfuerzos físicos.

-A mí me parece muy bien tío, que en estos momentos, pienses en el retiro de tan fieles servidores.

-Como conozco tus buenos sentimientos, y el cariño que sientes hacia mi persona, sabiendo que ésta es mi mayor responsabilidad, me muero a sabiendas que dejo el asunto en buenas manos, quedando tú con la seguridad, de que al final obtendrás tu recompensa.

-Si así lo tiene dispuesto, yo por mi parte me comprometo a ello.

-En estos momentos finales, me hago cargo del mucho tiempo que este matrimonio ha vivido conmigo, aguantando mis instantes de malhumor, siempre con la mejor de las sonrisas, sin recibir jamás una mala contestación, y por eso, te ruego encarecidamente que te ocupes de ellos, que tu tendrás, como te digo, tu oportuna compensación.

-Aunque lo tengo todo bien atado- dijo apoyando su cabeza en la almohada, dejándose oir su acelerada respiración- desearía que avisaras al notario y al cura, para apuntalar mejor mis postreros deseos.

Así lo hizo la joven, no tardando en presentarse el sacerdote y a continuación el notario, acompañado de tres personas, que durante largo rato, se encerraron en la habitación con el moribundo.

Apenas hubieron abandonado la casa, se presentaron en la misma, algunos lejanos parientes del llamado Don Julián Contreras, que como es natural en estas circunstancias, en que el pariente no tiene herederos directos y si una gran fortuna, acudían como aves carroñeras, a ver si conseguían alguna manda, en el cercano "festín".

Al atardecer dejó de oirse la ronca respiración del enfermo, no tardando en presentarse el médico, que certificó su defunción, siguiendo de inmediato la presencia de la funeraria, que tomó las medidas necesarias para su sepelio.

A las once del siguiente día, se procedió a dar sepultura al cuerpo yacente, y al regreso del cementerio, todos los parientes sin excepción, se reunieron en el domicilio del fallecido, donde se encontraron con la sorpresa, de que se hallaban allí presentes, el notario, y las personas que le habían acompañado en su anterior visita, todos muy serios y conscientes de que había llegado el instante crucial de la lectura del testamento.

Tras el natural preámbulo de que Julián Contreras Cuerno estaba

al hacer testamento en plenitud de facultades físicas e intelectuales, el notario procedió a la lectura del meollo de la cuestión, iniciando la lectura de una relación interminable de las acciones de los Bancos y empresas más conocidos, en una cantidad, que al más profano le sugería la propiedad de una suma de cientos de millones, terminando con una corta relación de fincas y pisos, incluido el que estaban ocupando en aquellos instantes.

Al terminar la lectura, el fedatario levantó la cabeza para limpiar sus gafas, mirando con un esbozo de sonrisa en su serio rostro, las ansiosas caras de los asistentes.

-Les ruego, señores- prosiguó el notario- que presten atención a lo que el finado ha dispuesto, que se habrá de observar hasta su más pequeño detalle.-Como mi conciencia queda tranquila respecto al cuidado de mis servidores por mi sobrina Celia, que siempre me ha querido con el mayor desinterés del mundo, y cuyo premio...(Enhorabuena, joven- se oyó una vez entre los asistentes, seguida de una fuerte risa, que obligó al notario a reclamar silencio) y cuyo premio, dada la alta responsabilidad moral que ha adquirido, lo conseguirá a su muerte en el otro Mundo, debo de pensar especialmente en mi alma, y para su salvación indiscutible, dejo la totalidad de mi fortuna SIN EXCEPCIÓN ALGUNA, una vez se hayan pagado los gastos de notario y entierro, a la Iglesia, dedicada íntegramente en beneficio de mi alma.

A estas palabras siguió un corto silencio, roto finalmente por uno de los acompañantes del notario que con serio acento, manifestó:

-Como habrán podido escuchar, todas las propiedades y Valores,

sin excluir este piso, han sido destinados por el finado, para que sean empleados por un tiempo ilimitado, en beneficio de su alma, y en consecuencia y con el mayor de los respetos, les rogamos abandonen esta vivienda, y si alguno se cree con un mayor derecho, pueden entablar acciones legales ante los Tribunales de Justicia.

Unas fuertes carcajadas proferidas por varios de los asistentes siguió a estas palabras, y uno de los allí presentes dijo con jocosa entonación:

-Algo semejante esperaba de este miserable avaro, pero juro que nunca pensé que llegara a tal extremo de tacañería inaudita. Porque dejar en la mayor de las miserias a un pobre matrimonio, que han vivido como esclavos, atentos a sus menores caprichos, para que al final de sus existencias, se encuentren sin seguro alguno y a merced de la caridad pública, eso a mi juicio ¡no tiene perdón!, ni humano ni divino. Aunque por otro lado, me alegro, ante el despecho que han de sentir unos parientes, que creyeron que tratándole con afecto y consideración, iban a sacar la mayor tajada...-y un nuevo acceso de risa cortó sus palabras-.

-En eso que acaba usted de decir- intervino Celia con suave acento- hay un punto de razón en calificar a nuestro "pariente" en la forma en que lo hace, pero se equivoca totalmente, si piensa que este matrimonio, va a quedar a merced de la caridad pública, porque cuando le hice la promesa a mi tío, que me ocuparía de ellos, no pensaba en herencia ninguna, y haya o no haya dejado dinero a mi favor, a mí solemente me queda cumplir mi promesa, y pedir que las oraciones en pro del alma de mi tío, le sirvan de consuelo y alivio en el otro Mundo.

-Perdóneme, señorita, pero después de haber escuchado el testamento más abyecto y egoísta que imaginarse pueda, no concebía una generosidad semejante en personas que llevan idénticos genes, pero con toda sinceridad le digo, que me alegro enormemente de haberme equivocado.Todos hicieron ademán de levantarse, pero en aquel momento, hizo su aparición el matrimonio sirviente, portando una vieja y voluminosa maleta, y un atado de ropa efectuado de forma apresurada, quienes acercándose a la mesa donde se hallaban el notario y sus acompañantes, exclamaron con dignidad:

-Antes de abandonar esta casa, donde han transcurrido los mejores años de nuestras vidas, deseamos, mejor dicho, exigimos, que los señores representantes de los herederos, procedan a un registro minucioso de nuestras pertenencias y nuestros cuepos, para que comprueben que no llevamos cosa alguna, que no sea nuestra.

-Pueden irse con toda tranquilidad, pues nos fiamos de su palabra.

Los sirvientes movieron la cabeza con obstinación:

- No pensamos movernos hasta que no procedan a realizar el registro que solicitamos.

-¿Qué más quieren, si de antemano les damos nuestra absoluta conformidad?

-Que procedan al registro que solicitamos, para que tengan la certeza, que salimos de esta casa, igual que entramos, con la cabeza

bien alta, sin que quede sospecha alguna de que nos llevamos alhajas o cualquier otro objeto de valor.

Un poco cohibidos, ante aquella inesperada solicitud, procedieron a un somero examen, dando su total conformidad a lo solicitado.

Formando un silencioso grupo, los fracasados herederos abandonaron su vivienda y una vez en el portal, se dirigió Celia a los dos ancianos.

-Ustedes se vienen ahora conmigo, y permanecerán en nuestra casa, hasta que entre todos, les encontremos un lugar digno, para que pasen el resto de sus vidas.

Durante algún tiempo, permanecieron los dos sirvientes en casa de Celia, hasta que un día se presentaron a toda la familia para decir:

-Hemos hecho arreglar una vieja casa que tenemos en el pueblo, empleando nuestros pequeños ahorros y como nuestras necesidades son pocas, y al calor de la familia, con una pequeña huerta que tenemos y unas gallinas, podremos vivir perfectamente.

-¿Cómo andan de muebles?

-Tenemos lo imprescindible, y con ello nos basta.

-¿Pero algo necesitarán?- insistió Celia.

-Como ya tenemos un establo, con una vaca seríamos completamente felices, pero con un poco de paciencia, todo llegará.

-Pueden obrar como mejor les convenga, pero ya saben que tienen, tanto esta casa como a nosotros, a su entera disposición.

-Lo sabemos -la voz de la mujer sonaba ahogada por las lágrimas- y nos hacemos cargo de la diferencia que existe entre unas y otras personas, aunque sean de la misma sangre.

Cuando a la mañana siguiente abandonaban la casa, se acercó Celia, y tras besarles cariñosamente les comunicó:

-Como según me han manifestado, para poder asegurar su porvenir necesitan comprar una vaca, aquí les entrego para que puedan ver satisfechos sus deseos, -poniéndoles al mismo tiempo en las manos un abultado fajo de billetes.

-Pero esto es demasiado-dijo el hombre asombrado- aquí hay dinero para comprar más de dos vacas.

-Entonces todo irá mejor, ya que podrán vender la leche que les sobre.

-Nos negamos a aceptarlo- dijo la mujer, y con ademán resuelto trató de devolver los billetes, siendo rechazada de nuevo.

-Acéptelos, por favor, se trata de una parte de mis ahorros, y qué mejor empleo puedo darles.

Tras unos momentos de vacilación, el hombre hizo uso de la palabra.

-No podemos aceptarlo, porque en realidad su familia y en particular usted, han salido tanto o más perjudicados que nosotros, como consecuencia del increíble egoísmo de don Julián, y no pueden hacerse responsables de sus errores...

-Vuelvo a insistir- le interrumpieron- que a mí no me hace falta alguna este dinero, y con ello, quisiera dejar cerrado el vergonzoso capítulo de una tremenda injusticia, es decir, el proceder de un viejo egoísta, que encerrado en su torre de marfil, no dudó en engatusarme a mí, con falsas promesas de fabulosas mandas hereditarias, para que cumpliera con su mayor obligación hacia las personas que habían convivido con él, anteponiendo su posible bienestar en el otro Mundo, a sus deberes humanitarios en el presente. Y al ser lejano pariente mío, deseo reparar en lo posible su vergonzosa conducta, tranquilizando de esta forma mi conciencia.

-Siendo así, lo aceptamos...¡adiós!...y muchas...¡muchísimas gracias!.

La joven les vió partir con lágrimas en los ojos, murmurando con voz entrecortada:

-No se concibe, que un hombre en su egoísmo, pueda olvidar sus obligaciones, hasta el extremo de engañar a una joven con falsas promesas, para que se comprometa a realizar una acción, que era de su absoluta incumbencia. ¡Que Dios se lo perdone en el otro Mundo, porque en éste, su innoble acción jamás será perdonada!

RECUERDOS DE MI NIÑEZ

Era una mañana luminosa de verano del primer tercio del pasado siglo, y los vendedores de frutas al por menor, habían acudido como de costumbre, a efectuar sus compras en el lugar de la Plaza de la Esperanza, que ahora ocupa la venta del pescado y que en aquella época, estaba destinada a los almacenistas al por mayor, estando prohibido vender fuera del mencionado recinto.

Como el Ayuntamiento deseaba controlar todo tipo de transacciones, había nombrado a un Administrador y a un ayudante, para ejercer tal función, y para ello, los compradores, en su mayoría del sexo femenino, tenían que pasar sus envases por una gran báscula manual, donde eran pesados, procediendo a anotar el nombre, la cantidad y precio de la compra, en los distintos libros de cada uno de los asentadores.

De esta forma el Ayuntamiento trataba de evitar que se abusara de la ignorancia y analfabetismo, que aún existía en aquel tiempo a que se hace mención.

He procurado retratar el emplazamiento y situación, donde tuvo lugar un hecho de poca trascendencia, visto a tantos años de

distancia, pero que dejó su impronta grabada en mi memoria, de tal forma, que sigo recordándolo como si de un hecho reciente se tratara.

Como consecuencia de que durante el tiempo de verano, la abundancia de frutas y de veraneantes, aumentara el consumo, se formaban grandes filas para acceder a la báscula, debiendo los compradores ir arrastrando los envases con fruta, hasta llegar a la misma, y durante ese espacio de tiempo, se hablaba sobre las circunstancias del negocio, que dada la costumbre española de hacerlo a gritos, se solía formar un verdadero guirigay, que unas veces se traducía en risas, y otras en riñas y discursiones.

El día a que quiero hacer mención, hacía el centro de la gran hilera, un hombre joven y de pequeña estatura, pero cuya voz estridente dejaba entrever un humor de mil demonios, empleado de uno de los almacenistas, reñía airado con una mujer, que replicaba a los insultos del hombre, con un guijo de parecidas características, y que por el trato que se daban, correspondían a madre e hijo.

Entre insultos y denuestos, la mujer con la mano derecha, iba arrastrando una caja de fruta, para no perder su puesto en la larga fila que se había formado, mientras en el brazo izquierdo, colgada por el asa de su antebrazo, sostenía una cesta de mimbre, en cuyo interior podía apreciarse que contenía una balanza, que se conocía con el nombre de romana, que en aquella época se utilizaba para la venta ambulante, y que con el movimiento del brazo, dejaba oír de continuo un ruido metálico.

El diapasón de las voces iba en aumento y los insultos adquirían

proporciones blasfemas lindando con la agresión personal, que no tardó en llevarse a cabo por parte del hijo, defendiéndose su madre, con la cesta que llevaba en el brazo, interveniendo algunos espectadores para evitar mayores daños.

Un hombre de unos cincuenta años, conocido de ambos, amonestó al muchacho:

-Un poco de moderación Carlos, piensa que al fin y al cabo, estás insultando a tu madre.

Como si el aguijón de una abeja irritada se hubiera clavado en su pecho, se volvió el llamado Carlos hacia quien así acaba de hablar, y asiendo la ocasión que se le presentaba para descargar su rabia contra un extraño, le increpó grosero y desafiante, con estos o parecidos términos.

-¿Y a usted, maldito cabrón, quién le ha dado vela en este entierro?- y sin dar tiempo para la respuesta prosiguió con el mismo tono: -¿Por qué no se preocupa de lo que está haciendo en estos instantes la puta de su mujer?

Ante el cariz que tomaba el asunto, el hombre retocedió unos pasos, levantando las manos con ademán apaciguador.

-No te enfades conmigo, que mi intención ha sido darte un consejo y hacerte ver que la forma de tratar a tu madre, no es la propia de un hijo.

-Pues vaya a dar sus malditos consejos a quien se los pida, que yo no necesito recibirles del primer hijo de puta que tenga esa

ocurrencia, y para que aprenda a no meterse en lo que no le importa- con su mano diestra le dió una bofetada, que resonó fuertemente en el gran silencio que se había formado, ante la violencia de las palabras que se intercambiaban.

La respuesta, como era lógico, no se hizo esperar, y bien pronto los dos hombres se enzarzaron en una dura pelea, rodando ambos por el suelo, entre ayes y fuertes puñetazos.

Más vigoroso el hombre mayor, no tardó en ponerse encima, sujetando a su adversario por el cuello, que clamó pidiendo socorro pero antes de que nadie pudiera intervenir, la madre, sacando la romana de su cesta y empuñándola a manera de maza, golpeó con el hierro en la cabeza del hombre, con tal fuerza que quedó sin conocimiento en el suelo, sangrando abundantemente por la herida.

Y en tanto que madre e hijo, abandonaban el lugar del suceso por una de las puertas laterales, por la otra era llevado apresuradamente el herido a la Casa de Socorro allí cercana, para que le atendieran, de donde salió un tiempo después, con un aparatoso vendaje en la parte superior de su cabeza.

La mencionada escena, que se había mantenido viva en mis recuerdos, a lo largo de los años, ha sido para mí una constante del conocido refrán, que poco más o menos dice: ENTRE PADRES, HIJOS Y HERMANOS, NO METAS NUNCA TUS MANOS.

EFEMÉRIDES ARDIENTES
(15 DE FEBRERO DE 1941)

El tiempo en su transcurrir inevitable y constante, va dejando a lo largo de nuestras existencias, un rimero de días y aniversarios, que retrotraen a nuestras memorias, efemérides más o menos felices, que con el paso de los días, se van perdiendo en la nebulosa de nuestros recuerdos. Quedan sin embrago ciertos sucesos, grabados con impronta indeleble en nuestras mentes, sin que el tiempo ni la distancia, aminoren su intensidad, como puede servir de recuerdo el 15 de febrero de 1941, la fatídica fecha del inicio del gran incendio de Santander.

A pesar del tiempo transcurrido, afortunadamente son muchas las personas que viven y recuerdan con pesadumbre, los efectos de aquella gran conflagración, y por haber sido yo testigo ocasional del mismo, quisiera plasmar en estas líneas, mis vivencias de aquellos años aciagos, en que ante nuestros atónitos y atemorizados ojos, vimos convertirse en cenizas y humeantes escombros la parte más antigua, y por tanto más entrañable de nuestro querido Santander.

Aquel sábado, desde muy de mañana, ese molesto visitante que es el viento Sur, nos despertó soplando con inusitada violencia, y en vez de remitir a lo largo del día, su fuerza fue en aumento, hasta tomar caracteres preocupantes.

Por exigencias de mi trabajo, hube de utilizar el tren que hacía el recorrido entre la ciudad y Maliaño, y como por motivos de estar rehabilitando la estación, se precisaba subir al tren en la zona marítima, los pasajeros sufrimos salpicaduras del agua, pues la bahía normalmente tranquila y tersa como un lago, parecía hervir a impulsos del viento, haciendo bailar con desacompasados movimientos, todo cuanto flotaba sobre su superficie.

Volviendo al tema personal, por aquella época era frecuente que algunas jóvenes efectuaran reuniones de amistades en su propio domicilio, en que a los invitados, en su mayoría grupos de chicos, se nos obsequiaba con entremeses y bebidas y con su inevitable baile. En estas reuniones se hablaba, se bailaba y se reía, con la despreocupación de la juventud, bajo la mirada benevolente de alguna persona mayor, cuya presencia, daba visos de seriedad y formalidad a las alegres reuniones, que no tenían otro fin, como es lógico suponer, que poner carnada al anzuelo, por si se conseguía pescar algún pez, digno de ser tenido en cuenta. Pero como es natural, no podíamos desairar tan amables invitaciones.

Todo lo que antecede viene a cuanto, porque en la tarde-noche de aquel nefasto día, estábamos invitados mi amigo Enrique Orio (q.e.p.d) y yo, a una de esas reuniones, a la que de muy buena voluntad, acudimos con la puntualidad necesaria.

La fiesta a que hago mención, tuvo lugar en un piso de la calle Macelino S. de Santuola, sito en uno de los primeros números de la misma, siendo tema obligado durante la misma, el incesante ruido motivado por las ráfagas del viento Sur.

Pasadas las nueve de la noche, nos despedimos todos los invitados, hombres y mujeres de nuestras anfitrionas, para dirigirnos a nuestros domicilios, pero en el portal, una multitud de personas se habían refugiado, hablando en voz alta con acento de cierto temor.

-No se les ocurra salir- nos avisaron con evidente pánico- porque sólo a unos inconscientes, se les ocurriría andar por las calles en estas circunstancias.

En esta situación pasamos aproximadamente una hora, pero el viento en vez de amainar, parecía aumentar su virulencia, y yo comenzaba a impacientarme, pues daba la maldita casualidad, mi hermano que estaba encargado del funcionamiento de una cámara frigorífica, se hallaba ausente, y me había entregado las llaves, para que llegada la noche, procediera al cierre de la misma, y no molestar a los vecinos con el ruido de sus máquinas.

-Voy a echar un vistazo- le dije en voz baja a mi amigo Enrique- porque si ésto dura mucho, me veo obligado a cumplir una misión ineludible.

-Pase lo que pase, cuanta conmigo- fue la animosa respuesta.

Entreabrí la puerta y pude contemplar un inesperado espectáculo, porque la calle, que como era natural estaba totalmente desierta, se veía salpicada de gotas de agua, que por unos momentos me parecieron nuncios de buen agüero, pensando que el Sur había rolado al Noroeste, y con la inmediata lluvia cesaría la violencia del viento; mas vana ilusión, porque desgraciadamente el agua no venía del cielo, sino de las encrespadas olas de la bahía, que la furia del

Sur, llevaba hasta el lugar donde nos hallábamos en aquellos momentos.

Hacía poco tiempo, había leído la magnífica novela de José María Pereda titulada Sotileza, en que con gran alarde literario, describe la brutal fuerza de una espantosa galerna, que en realidad había azotado nuestras costas, cobrándose una gran cantidad de vidas, y de inmediato establecí la comparación con nuestra situación actual, y la evidente ventaja de encontrarnos en tierra firme, sin el enorme riesgo que habían sufrido los pescadores, enfrentándose con débiles barcos, al agua y al viento, unidos en su trágica tarea de destrucción y de muerte.

Entre el fragor del viento, era curioso escuchar, el continuo tintinear de las pantallas y bombillas del alumbrado, con el contrapunto de cristales y ventanas, que se escuchaba por doquier.

-Haz el favor de cerrar la puerta, o vamos a volar todos- me gritó una voz, y cuando pretendía obedecer tan juiciosa observación, una de las chicas, presa de un ataque de nervios, me lo impidió.

-No cierres, que tengo que salir.

-¿Pero adónde vas a ir con este tiempo?¿No comprendes que sería un disparate?

-Mi padre me ha dado permiso para asistir a esta fiesta con la condición de estar en casa antes de las diez, y de no hacerlo así, no quiero ni pensar en lo que me espera.

-Tu padre se hará cargo de las circunstancias, y comprenderá que se trata de una fuerza mayor, lo que te impide obedecer sus instrucciones.

La joven no pareció muy convencida con mis palabras, cuando de pronto, de forma inesperada y violenta, abrió la puerta y corrió arrimada a las fachadas de las casas.

Todos los presentes guardamos un ominioso silencio, desconcertados ante tamaña inconsciencia, pero mi amigo Enrique me interrogó.

-¿Qué hacemos?

-No podemos dejarla ir sola en medio de estos remolinos- le respondí- y calándonos los sombreros hasta las cejas, y subiéndonos las solapas de nuestros respectivos abrigos, nos dispusimos a salir, desoyendo las protestas de todos los presentes, que nos recomendaban que desistiéramos de semejante disparate.

Corrimos en dirección al Teatro Pereda, y al doblar para salir a la Plaza de Jose Antonio, antes de Pombo, vimos caída en el quicio de una puerta llorando amargamente, a nuestra imprudente amiga, que cuando pretendió seguir por la mentada plaza, la furia del viento la había obligado a retroceder, y cegada por el polvo, sin saber que hacer, ni adónde dirigirse, se había acurrucado gimiendo amargamente, presa de un ataque de nervios.

Como la verdad sea dicha, a mi no me pareciera tan peligrosa la situación, indiqué a mi amigo que la cogiera del brazo, y

sujetándola yo por el otro, la hicimos caminar, y para animarla en son de broma, recuerdo que la iba recitando los últimos versos de la canción de “El Pirata”. No dejo de reconocer, que la situación nada tenía de agradable, ya que a través de las bocacalles que comunicaban la Plaza con el muelle, surgían autenticos remolinos de polvo y basura, que cegaban nuestra vista y ahogaban la respiración, aunque por fortuna, nosotros nos defendimos bien, con las solapas de los abrigos, que cubrían nuestros pechos, y los sombreros, que servían de auténticos parapetos.

Subimos en volandas las Cuesta de las Cadenas, y una vez en el Paseo Menéndez Pelayo, la situación dió un giro de 180º, ya que únicamente el rumor de las ramas de los árboles, que bordeaban el paseo nos recordaban el furioso viento, convertido en dueño y señor del resto de la ciudad.

Cerca del Alto de Miranda, dejamos a la agradecida joven en la puerta de su domicilio, comentando lo inoportunos que a veces resultan ciertos padres, que con sus despóticas instrucciones, pueden obligar a sus hijos a cometer estupideces, al igual que le había sucedido a la joven que acabábamos de dejar.

-¿Qué hacemos ahora?- me preguntó mi amigo, una vez estuvimos de nuevo en la zona batida por el vendaval.

-En lo que a mí respecta, no me queda otra alternativa que llegarme hasta la calle de la Enseñanza, cercana a nuestros respectivos domicilios, para cortar el fluido de una cámara frigorífica, donde tenemos almacenadas más de cuatro mil cajas de manzanas, y a tí, no te queda otra solución que acompañarme, pues

no hay ni un portal abierto, ni un lugar seguro, donde puedas esperar hasta que amaine el temporal.

Hazte cargo del asunto- me dijo riendo -pues entre tanto cascote, lluvia de cristales y tejas desprendidas, no acierto a seguir la dirección más segura.

Yo tampoco lo sabía, pero impulsado por la necesidad, seguíamos por las calles que nos parecían menos peligrosas, capeando como podíamos, los riesgos inherentes a nuestro caminar, porque sólo a dos locos como nosotros, se les ocurría caminar bajo aquella lluvia asesina por las desiertas calles. A lo largo de nuestro recorrido, no encontramos persona, animal, ni ser viviente alguno, que hiciera su aparición en aquel infierno que se había desatado en pocas horas. Una vez en la Plaza de la Esperanza, a la altura de la Casa de Socorro, nos despedimos, dirigiéndome yo a mi objetivo, preocupado con la energía eléctrica, de la cual hablaré un poco más adelante.

La maquinaria estaba parada, apresurándome a desconectar todo cuanto pudiera tener relación con un inesperado golpe de energía, que pudiera acarrearnos graves pérdidas.

En tanto realizaba estas operaciones, habían comenzado a llegar a mis oídos, unos ruidos extraños, cuya causa no me era posible identificar, cerrando el local deseoso de llegar hasta mi casa, situada en el número 1 de Isabel II, que en aquellos momentos era para mí el ansiado refugio, para descansar de tantas emociones.

Inicié el camino con desconfianza, no exenta de temor, pues el extraño ruido sonaba con más fuerza, con una mezcla de golpes sordos, con trasfondo metálico, cuyos estampidos carecían de toda explicación.

La visión que se me presentó ante mis ojos al doblar la esquina frente a la Casa de Socorro, me dejó estupefacto a la par que asustado, obteniendo de inmediato la explicación de aquellos extraños ruidos que tanto me preocupaban. El viento estaba arrancando las planchas de uralita que cubrían la techumbre del mercado, y a su impulso se desplomaban sobre la plaza situada al Norte del mismo, cubriendo carretera y acera, es decir, por el lugar en que de forma obligada tenía que pasar para llegar a mi casa.

Las mencionadas planchas, unas veces caían planeando, llevadas por el fuerte viento y otras verticalmente, pero en cualquiera de las dos formas, mortales de necesidad para el desgraciado que se encontrara en su camino. Con el agravante de que las planchas habían cortado los cables del alumbrado eléctrico, dejando extendidos por los suelos la negra silueta de los mismos, que de vez en cuando se estremecían como gigantescas serpientes, mostrando que en su interior se albergaba la letal energía. Como demostración evidente de su peligrosidad, un cable que colgaba junto a la fachada del mercado, movido por el aire, chocaba contra la pared de piedra del mismo, con estridente chisporroteo, como siniestra advertencia del mortal riesgo a que se exponía el imprudente, que pisara alguno de aquellos malditos cables.

En el corto espacio de veinte minutos que transcurrieron desde que abandonara la compañía de mi amigo, la situación había

experimentado un drástico y peligroso cambio, pues la calle, que momentos antes era relativamente tranquila, se había transformado en un auténtico infierno, porque a las planchas que caían del cielo, un verdadero peligro de muerte, se unían los cables con su carga mortífera, que me amenazaban con dejarme electrocutado, sin posible ayuda humana, si por desgracia me atrevía a pisar en los mismos o circular por sus alrededores.

Durante largo rato, desde mi observatorio de la esquina de la calle de la Enseñanza, contemplé impaciente y preocupado la puerta de mi domicilio, que a menos de cien metros de distancia, me ofrecía seguro refugio, pero a la continua caída de planchas, que aún en el suelo, movidas por el huracán, seguían molestando, y sobre todo el peligro de los cables, que eran una barrera insalvable por lo peligrosa, que me impedían acceder a mi casa.

No pude por menos de pensar, que de haberse producido esos desprendimientos unos minutos antes, nos hubieran aplastado como inocentes conejos fuera de su madriguera.

Exasperado y nervioso ante tan larga espera, decidí buscar otro camino para llegar a mi domicilio, pero la salida del Pasaje del Cubo estaba obstruida por un rimero de cables que daban señales de vida, que podían ser de muerte, para el imprudente que pusiera su planta sobre ellos, teniendo siempre como trasfondo, el metálico rumor de las planchas agitadas por el viento.

Corriendo siempre, regresé de nuevo a mi observatorio inicial, procurando poner freno a mi impaciencia, hasta que no pudiendo resistir más, y aprovechando que el desplome de las planchas

parecía haber remitido en parte, me decidí a correr a toda velocidad, la distancia que me separaba del portal de mi casa, saltando sobre chapas y cables, con el ánimo en tensión, olvidado de cualquier riesgo que pudiera correr, en mi afán de reunirme con mi familia en un lugar seguro. Lo que si es cierto, es que jamás he corrido con tanto interés, con tanto ímpetu, y que de haber cronometrado la distancia, estoy seguro de haber batido mi récord a nivel personal. También recuerdo que llevaba el llavín del portal en la mano, rogando al Cielo que solamente estuviera cerrado con la manecilla de entrada, lo que por fortuna así sucedió, ya que una chapa, golpeando en la cerrada puerta, me anunció el riesgo que hubiera corrido, de haberme tenido que entretener en abrir empleando la llave.

Una vez reunido con mis familiares, les puse al corriente de la situación en general y los peligros que había experimentado de modo personal, así como lo que pasaría, si por un azar desgraciado se iniciara un incendio, a consecuencia del furioso vendaval, despotricando contra las autoridades, que a la vista del estado atmosférico, no daban órdenes para que fuera cortado el suministro eléctrico.

Cuando a pesar de las emociones, me disponía a hacer los honores a una cena que tenía reservada, fuí interrumpido por el grito, que allá en mi inconsciente estaba temiendo: ¡FUEGO!...¡FUEGO!

Subí rápidamente a la buhardilla, y por las ventanas que daban al Sur-Este, pude presenciar los comienzos de lo que iba a ser conocido como “El gran incendio de Santander”.

Un numeroso grupo de personas nos reunimos en aquel elevado mirador, contemplando asustados e impotentes, cómo desde la zona de la catedral, el fuerte viento transportaba por los aires, rompiendo las negruras de la noche, teas ardientes, que caían sobre numerosos tejados. Las teas unas veces iban languideciendo lentamente, hasta apagarse, entre la alegría de todos los presentes, y otras, por el contrario, iban tomando incremento hasta transformarse en ardientes hogueras.

-Pensar- dije en voz alta- que un simple cubo de agua sería suficiente para evitar el horroroso infierno...-pero la respuesta no se hizo esperar.

-¿Y quién es el guapo que se sube a un tejado, con el viento que sopla en estos instantes, que hace volar las tejas, ventanas y cuanto se encuentra a su paso?

A estas sensatas palabras siguió un largo silencio, sumidos todos en la contemplación de observar, si las antorchas volantes caían sobre las tejas u otro material incombustible, y se iban debilitando sus luces hasta extinguirse, o por el contrario cuando por desgracia, el aire las llevaba hasta los armazones de madera que quedaban al descubierto, entonces, la pequeña luz del comienzo se iba incrementando hasta convertirse inexorablemente en hoguera, que nada ni nadie podía apagar.

El extraordinario y pavoroso espectáculo, inolvidable e irrepetible, nos mantuvo en vilo durante muchas horas, siguiendo con angustia el vuelo de las temibles antorchas, que al caer sobre los inmuebles e iniciarse el incendio, siempre había alguno de los asistentes capaz de identificarle, para lamentar su inevitable fin.

Entre la gran cantidad de edificios que ardían en pompa, destacaba entre todos por su violencia, la mueblería Viuda de B. Torre, sito en la calle del Peso, que abarrotada sin duda por el almacenaje de muebles y de materias inflamables, ardía en fuertes llamaradas desde la planta baja hasta muchos metros por encima del tejado, que unas veces se enderezaba, como caballo indómito que se encabrita, y otras, al impulso del terrible viento, perdía su verticalidad y actuaba a manera de gigantesco soplete, lanzando su acción destructora sobre los edificios cercanos. Todo ello constituía un espectáculo dantesco, que a pesar del mucho tiempo transcurrido, ha dejado grabada su impronta imborrable en mi memoria.

Al amanecer del siguiente día, que precisamente era domingo, abandoné el excepcional observatorio, cuando ya una gran parte de los inmuebles que constituían la zona vieja, y por tanto más entrañable de nuestra querida ciudad, formaban inmensas piras, sin posibilidad alguna de que pudiera atajarse el voraz incendio. Dirigiéndome a la calle, para observar in situ lo que estaba sucediendo, pude contemplar, cómo en dirección Norte, una riada de gente seguía por la calle Lealtad hacia el cine Coliseum, proveniente de la zona Sur. Caminaban cargados con los más heterogéneos bultos, desde colchones a máquinas de coser, llevando algunos en brazos a niños pequeños, y otros, ya mayores de la mano, guardando todos un hosco silencio interrumpido a menudo por voces plañideras, siempre femeninas, que clamaban angustiadas ¡Castigo de Dios!...¡Castigo de Dios!. Cosa que me indignaba, porque no veía razón ninguna, para que los seres celestiales se preocuparan de darnos un castigo, que comparativamente con otros pueblos, no éramos más ni menos merecedores de ellos.

Otras de las expresiones varoniles que podía escucharse era ¡Esto es parecido al incendio de Roma!, como si los que pronunciaban esas palabras, hubieran sido testigos de semejante evento, para poder establecer comparaciones.

Poco a poco, el rosario de gentes expulsadas de sus viviendas, iba cesando en su patético caminar, pero el incendio iba en aumento y millones de chispas golpeaban incesantes sobre las paredes de cemento del cine, que aguantaban impávidas, su continuo chocar.

En mi continuo deambular, me encontré con un solitario bombero de bastante edad, que pretendía desenrollar una larga manguera, reclamando inútilmente ayuda de la poca gente que por allí transitaba, y que en aquellos instantes, bastante tenían con preocuparse de sus acuciantes asuntos.

A pesar de que yo comenzaba a notar el cansancio de una noche sin dormir, me puse a su disposición, ayudándole en su labor, pero no quiero cubrirme de plumas ajenas, y a la vista de la ingente tarea que pretendía llevar a cabo con tan rudimentarios materiales, le dije:

-Lo siento, amigo, pero mi casa está expuesta a ser pasto de las llamas, y como es natural, debo preocuparme por mis intereses.

Con voz áspera me replicó:

-Son ustedes unos jodidos egoistas, que sólo piensan en sí mismos.

-No creo- le dije un poco picado- que pretenda usted solo, con esta manguera, apagar el enorme incendio que estamos padeciendo.

-Cada uno debemos poner nuestro grano de arena para tratar de evitar males mayores.

Le dejé solo, refunfuñando y maldiciendo de todo lo habido y por haber, consciente en el fondo, de lo inútil de todo su empeño. Dirigiéndome a mi domicilio, que como he dicho anteriormente, estaba situado en la calle Isabel II, al observar que las casas situadas en la parte Sur de la misma calle, como eran Almacenes El Águila, Casa Capa, La Parisien, etc., habían comenzado a ser pasto de las llamas, me decidí a sacar de nuestra casa los muebles y cuanto pudiera salvarse de la próxima catástrofe.

Toda mi familia, muy numerosa por cierto, puso manos a la obra, y bajo mi dirección, comenzamos la ingente tarea de ir desalojando rápidamente, una casa ocupada por tantas personas.

Eligiendo los bultos más pesados, bajé y subí hasta el segundo piso infinidad de veces, ayudado en lo posible por mis familiares, para depositarlos en un solar que teníamos situado al Norte de la Plaza de la Esperanza, enfrente del portal, que hasta entonces y al final se salvó de la quema.

Afortunadamente un antiguo empleado nuestro llamado José Ojeda (q.e.p.d), persona de toda confianza y de fidelidad a toda prueba, se presentó para prestarnos su valiosa ayuda.

El sistema que empleábamos para desalojar las camas era rápido

y sencillo, colocábamos las almohadas en el centro, hacíamos un rollo con toda la ropa, y con la sábana inferior hacíamos un atado, quedando el colchón de muelles al descubierto, que a su vez levantábamos, dejando la cama en esqueleto, procediendo de momento al salvamento de la ropa.

¿Cuántos viajes hice sin descando?. ¿Cuántas veces subí y bajé las malditas escaleras?. Hoy me parece imposible que mis fuerzas resistieran aquel trabajo inhumano, pero a medida que iba observando el avance del incendio, sentía que mis fuerzas se renovaban. Pero todo en este Mundo tiene sus límites, pues al cargar con un voluminoso reloj de pie, bajé dando tumbos por la escalera, tropezando tan pronto con la pared, como con el balaustre y al llegar tambaleante al lugar donde amontonábamos el mobiliario, pedí a gritos que me quitaran la carga de encima, dejándome desplomar sobre uno de los colchones, perdiendo de momento el conocimiento, agotado por tan titánicos esfuerzos.

Calculo que estaría postrado alrededor de una hora, volviendo a mi tarea con renovados bríos, con la agradable sorpresa de que un amigo de la familia, llamado Daniel Ramos, que se dedicaba a la mudanza de muebles, había conseguido llegar con su camión hasta las proximidades de nuestra casa. Éste, ayudado por dos obreros especializados, salvaron del posible incendio, los muebles más pesados y voluminosos. Esa fue una de las ventajas de tener muchas y buenas amistades, pues en aquellas circunstancias, el común denominador parecía ser ¡Sálvese el que pueda!.

Los breves momentos de “descanso”, les aprovechaba para investigar la marcha del voraz incendio, que seguía su temible

avance, pues el viento, aunque mucho menos violento, continuaba con fuertes ráfagas acercándose más y más a nuestro domicilio, pues las tremendas hogueras de las casas que ardían de forma imparable, dejaban cercada nuestra vivienda, por muros de fuego, humo y cenizas.

En la tarde del domingo, las llamas y el intenso humo, habían formado una línea divisoria, que separaba el Este del Oeste de la ciudad, siendo de todo punto imposible transitar por las calles afectadas por el fuego, ya que no había posibilidad humana de oponerse a su avance devastador.

Con la seguridad absoluta, de que todo cuanto pudiéramos sacar del domicilio sería salvarlo de su pérdida, realicé una última inspección en el piso, observando con asombro, que por un descuido inexplicable, todas las lámparas de la casa seguían colgadas en su lugar habitual. Por lo que sirviéndome de una navaja, fui cortando los cables y depositándolas en el suelo...y nuevos viajes con las mismas, hasta el depósito provisional de la Plaza de la Esperanza.

Todavía ignoro, de dónde el mencionado José Ojeda, consiguió hacerse con un carro de dos grandes ruedas, habitualmente tirado por un burro de gran alzada, llenando la amplia plataforma, y tras ocupar él, la posición destinada al animal, y yo empujando por detrás, sobre todo para remontar la pequeña cuesta de la Enseñanza, hasta llegar al número 8, donde teníamos un almacén al pie de un edificio de hormigón, que parecían los únicos en resistir la furia de las llamas.

El curioso grupo que formábamos, un hombre ocupando la plaza del animal, y yo empujando por detrás, no parecía llamar la atención de los pocos transeúntes, e incluso recuerdo, que dos jóvenes amigas mías, al vernos pasar, en vez de burlarse, se lamentaron:

-¡Qué suerte has tenido!. Nosotras, en cambio, hemos tenido que salir precipitadamente, habiendo perdido la casa con todas sus pertenencias.

A propósito de esta extraña situación, fuera de toda normalidad, ocurrieron numerosas incidencias, y como hechos anecdóticos recuerdo dos, que revelan el extraño comportamiento de las personas, en aquellas anómalas circunstancias.

Unas amigas mías, que vivían en la calle San Francisco, al sentir la proximidad del fuego, pusieron en una gran cesta de mimbre, lo más entrañable y de mayor valor que tenían en su domicilio, y cuando la cercanía del fuego les obligó a salir a la calle, lo hicieron llevando trabajosamente la pesada cesta, sosteniéndola cada una por el asa correspondiente. Siguiendo por la Plaza Vieja, en medio de la turbulencia del viento y del humo que les ahogaba, y al pasar por delante de un comercio, cuyo dueño solía suministrarles su cotidiano pedido de comestibles, se apresuró a ofrecerles un seguro refugio en su almacén, para poner a salvo su preciada carga...y cuando quisieron poner remedio, pudieron lamentar que el mencionado edificio ardía por los cuatro costados, convirtiendo en cenizas lo más apreciado de su patrimonio.

Por el contrario, otro señor que vivía a más de un kilómetro de

distancia, muy alejado de la dirección del incendio, sacó apresuradamente todos sus muebles de su domicilio, y en su irrazonable nerviosismo, en vez de soltar los tornillos de los largueros de las camas y armarios, para abreviar, con un martillo fue haciendo destrozos irreparables en sus muebles.

La noche del domingo, la dedicamos a realizar viajes, con el fin de poner a salvo los enseres que habían quedado a la intemperie, contemplando con tristeza, cómo los edificios situados el Oeste de nuestra casa, eran auténticas luminarias, nuncio de la suerte que nos aguardaba a nosotros, ya que nada ni nadie parecía capaz de detener aquel infierno de llamas que amenzaba con fulminar la ciudad entera.

Al amanecer de otra noche pasada en vela, sostenido por la inevitable tensión nerviosa, recordé, que en un sótano de la casa, teníamos guardados unos fardos de un papel especial, muy escaso en los mercados de aquella época, por lo que me dirigí nuevamente al edificio, encontrándome con la sorpresa, que en medio de la calle Isabel II, un grupo de hombres, altos y fuertes, con el familiar traje de bomberos, me impidieron el paso. No tardé en informarme, que habían llegado de Vitoria, lo que me alegró lo indecible, ya que era señal de que nuestra tragedia se había extendido por toda la nación, y de momento las provincias limítrofes acudían en nuestra ayuda.

Al indicarles mi pretensión de entrar en el número 1, me advirtieron que las buhardillas de la casa contigua estaban ardiendo, por lo que no podían permitirme la entrada. Aprovechando su natural preocupación por atajar el incendio, y en la seguridad de que todo iba a ser inútil, entré en el sótano, sacando los preciosos fardos.

Afortunadamente en esta ocasión mi error fué inmediato, pues los recién llegados, provistos de hachas y actuando con gran eficacia, apagaron el iniciado incendio, con seguridad el primero que era detenido, salvando in extremis nuestra vivienda.

El resto de lo sucedido, y por haberse escrito mucho y con muchos detalles, pertenece ya a la historia, pero antes de cerrar estos recuerdos, quisiera plantear dos interrogantes.

La primera pregunta que me hicieron unos días más tarde, en un viaje fuera de la provincia fue que ¿Por qué habiéndose quemado tantas viviendas, con fuego de tal intensidad, que llegó a fundir cajas de caudales, no hubo víctimas humanas?.

Mi respuesta a título personal fue, que habiéndose iniciado los incendios por los tejados, o por casas contiguas en forma sucesiva, daban tiempo y lugar, para que las personas pudieran salvarse, aunque como es natural, muchas de ellas experimentaron molestias y ahogos por el humo.

La otra interrogante, me la hago yo personalmente y con toda probabilidad quedará sin respuesta: ¿Podría haberse evitado en todo o en parte los enormes perjuicios causados por el incendio, de haberse procedido al corte del fluido eléctrico?.

Como testigo presencial de la caída de cables por la enorme fuerza del viento, y en particular por lo presenciado en el Mercado de la Esperanza con el desprendimiento de las planchas de uralita, cortando los cables cargados de electricidad, y en particular el cable que golpeaba contra la pared de piedra del mercado con vivo

chiporroteo, estoy seguro, que de haber sido de otro material, hubiera ardido de inmediato. Este detalle podría hacerse extensivo a otras partes de la ciudad. Parece estar demostrado que el fuego se inició a causa de un cortocircuito. Por otra parte, es necesario considerar a más de medio siglo de distancia ¿qué Autoridad se hubiera hecho responsable de una orden semajante en medio de aquel huracán incontrolable?.

Así mismo, es preciso tener en cuenta, que acabábamos de salir de una espantosa guerra civil, y el Mundo estaba inmerso en otra, que indirectamente nos involucraba también.

Y por último, hay que tener presente, que en aquellas circunstancias, tantas veces puestas de relieve, era totalmente imposible transmitir órdenes por estar cortado todo tipo de comunicaciones; por consiguiente dejemos este interrogante, flotando en el huracanado viento de aquel aciago día, como un hecho irreversible.

FIN DEL INCENDIO DE SANTANDER

SUCEDIÓ EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Los hechos que se narran a continuación, tuvieron lugar durante la guerra civil española, y por estar sacados de la vida real, me veo obligado a cambiar nombres, tanto de personas como de lugares, ya que un mínimo de discreción, obliga a respetar el anonimato de los interesados.

Aunque parezca reiterativo, quiero insistir, en que personas y lugares que van a aparecer en esta narración, corresponden a personajes auténticos, por lo que me veo precisado a prescindir de todo dato, que pudiera identificar a los protagonistas de los mismos.

Tras esta digresión, pequeña pero muy digna de ser tenida en cuenta por su posible trascendencia, entraré de lleno en el anunciado relato.

La ciudad donde tuvieron lugar los acontecimientos que vamos a fabular, se mantuvo desde los comienzos de la Guerra Civil española, bajo el dominio de las fuerzas republicanas, produciéndose en ella, los desórdenes, las denuncias y las muertes, que tuvieron lugar en cada provincia española, sin excepción alguna, siendo las víctimas diferentes, según el signo de la tendencia triunfadora.

Por todas partes, y en especial en sus comienzos, tuvieron lugar infinidad de detenciones, y en especial muertes sin juicio previo, conocidas vulgarmente con el trágico nombre de “paseos”, en que

se veía salir de casa a las víctimas, para tomarles declaración y nunca más volver a encontrarles con vida, apareciendo sus cadáveres esparcidos por terrenos solitarios y descampados, o sirviendo de goloso pasto para los peces. Este cruel proceder, es acompañante inseparable de toda guerra, pero que toma su aspecto más horroroso, cuando tiene lugar entre personas de la misma nacionalidad, obligando en ocasiones a enfrentarse, amigos con amigos, padres contra hijos, hermanos con hermanos, abriendo unas heridas tan hondas, que sólo el transcurso de muchos años puede mitigar.

Ciñéndonos al tema que nos ocupa, diremos que en cierta ciudad, cuyo nombre no viene al caso, como consecuencia del triunfo republicano o de izquierdas, se produjeron multitud de muertes y detenciones, por el sólo delito de ser conocidos como de "derechas", en que las palabras "derechos humanos" carecían de todo valor, convencidos los dos bandos, que por la otra parte se estaba procediendo con idéntica saña y crueldad.

Como consecuencia del clima moral que acabamos de bosquejar, entre otros muchos presos políticos que abarrotaban las cárceles, se hallaban dos conocidos comerciantes de rico patrimonio y gran prestigio social, por cuyos delitos, tenían pendientes sendos juicios, cuyo resultado no auguraba nada bueno para ellos, ya que en la parte contraria, o sea en la dominada por los militares, se condenaba a la gente, y hasta se fusilaba, por el solo hecho de haber militado en un partido de extrema izquierda.

El responsable de las sentencias y máxima autoridad en esa materia, era un desconocido, quien aprovechándose del

desconcierto de los primeros días, se había aupado sobre sus compañeros de ideas, y cuya gran inteligencia estaba en razón inversa a su moral, ejerciendo sus funciones sin admitir crítica alguna, pues quien tal cosa hiciera, pagaría con una rápida muerte su osadía. Actuaba con sadismo y dureza, a sabiendas, que obrando de esa forma, se congraciaba con quieres habían puesto en él su confianza.

En esas condiciones transcurrieron varios meses. Habiéndose estabilizado las líneas de los frentes, en las zonas de ambos bandos, aunque sin la violencia inicial, se seguía bajo parodias de juicio, sentenciando a la pena de muerte sin compasión alguna, por el más insignificante delito.

Los dos comerciante, a los que antes he hecho alusión, estaban casados y habían sido íntimos amigos de toda la vida, tanto ellos como sus respectivas familias, teniendo ambos una sola hija, a quienes llamaremos Ana y Mercedes.

Las dos chicas asistieron al mismo colegio, continuando con su íntima amistad, una vez llegadas a la pubertad, siendo ambas muy conocidas, por su belleza y su simpatía, sufriendo ahora idénticas angustias por la suerte que pudieran correr sus respectivos padres, encarcelados y con la sentencia de muerte pendiendo de un hilo sobre sus cabezas.

Un día, y de forma inesperada, la joven a la que hemos denominado Ana, fue requerida por medio de un oficio, para que sin demora, ni excusa alguna, se personara en el edificio habilitado para celebrar los llamados juicios populares.

Después de recibir mil recomendaciones de la angustiada madre y con el alma en vilo, hizo acto de presencia como le había sido ordenado, en el temeroso edificio, y tras una interminable espera, mezclada con otras mujeres, que pálidas y angustiadas esperaban su turno, hubo de aguantar impaciente para entrar en el despacho de aquel ser todopoderoso, donde fue introducida de muy malos modos.

La atribulada Ana se sentó en el borde de la butaca que le había sido señalada, en tanto que un hombre, muy conocido por su crueldad y falta de escrúpulos, bajaba de la tribuna, para tomar asiento a su lado. Llevaba en su mano derecha una abultada carpeta, de donde extrajo unos documentos, y volviéndose a la temerosa joven, con gesto hosco y ceño fruncido, se dirigió a ella con duro acento.

-Lamento tener que darte una mala noticia...

Y como callara, la joven exclamó:

-¡MI PADRE!

-Sí, tu padre ha sido juzgado y tras examinar detenidamente los muchos cargos que pesan sobre su conducta, la condena ha sido unánime.

Nueva pausa para decir con acento lúgubre

-¡Condenado a muerte!.

A pesar de llevarse la mano a la boca, el grito de angustia

de la joven repercutió por todo el ámbito de la sala, y cuando el horror de las palabras que acababa de escuchar, le permitieron hablar, entre un mar de lágrimas pudo balbucear:

-¿Qué crimen ha cometido para que le quiten la vida?. Siempre ha sido un hombre honrado, trabajador y bueno. ¡Por favor, tened piedad de él!

-La sentencia está dada, y es de todo punto imposible revocarla.

La llorosa voz de la chica, se dejaba oír entre amargos sollozos,

-¿Por qué van a matarle, dígame, por qué?-Tu padre a lo largo de su existencia, ha dado pruebas de estar en todo de acuerdo con los militares sublevados, y tenemos la seguridad plena, que de haber triunfado, él estaría ahora ocupando el lugar del juez, y yo sería la víctima condenada a muerte. Como comprenderás, este simple dato sería suficiente para que se cumpla una sentencia, tan justa como inexorable.

La joven lloraba con el mayor desconsuelo.

-¿No habrá alguna manera de evitar esa injusta sentencia?. Dígame cuanto dinero hay que pagar...

-No vuelvas a mencionar esa maldita palabra ¡dinero!, porque si el Comité se entera que poseeís alhajas, oro o cualquier otro valor, seríais desposeídos al momento e ingresaríais en la carcel, por ocultación de bienes y colaboración con los facciosos.

-Por favor, piense en su familia, en su madre si aún vive...

La respuesta, con acento despiadado se dejó oir.

-Precisamente pensando en ellos, y en lo que me hubiera sucedido, de haber triunfado aquí los militares, es por lo que nos vemos obligados a actuar de esta manera, olvidados de cuanto pueda significar, misericordia y perdón.

Al quedarse la joven sollozando y con la cara oculta entre las manos, se acercó el hombre hasta poner su boca cerca de su mejilla, susurrando en su oído con acento meloso.

-Eres muy guapa...muy apetitosa...,me gustas mucho, y si al anochecer quieres venir voluntariamente a pasar la noche conmigo, acaso entre los dos encontraremos una mejor solución a este grave problema.

La chica se apartó, como si una avispa la hubiera clavado el aguijón, y con gesto de rabia y asco, le escupió en la cara.

-Es usted inhumano y cruel, un auténtico monstruo que sólo tiene de hombre la figura. Sepa de una vez para siempre, que jamás...¡oígalo bien, jamás me prestaré a sus sucios manejos!.

La risa del hombre al replicar, sonaba con cierto aire de despecho.

-En el fondo me alegro de tu respuesta, ya que de esta forma, me libras de correr un riesgo en el que me podría ir la vida. Como

comprenderás- continuó con cinismo- dada mi posición, lo que me sobran son ocasiones iguales o mejores de lo que tú me puedas proporcionar, y ya que así lo prefieres, dejemos que la justicia siga su curso, y que cada uno peche con sus responsabilidades.

La joven regresó a su domicilio convertida en un mar de lágrimas, sin contar a su madre la perversa oferta que le había sido hecha, e informándole sobre la actual sentencia. Las dos mujeres terminaron abrazadas, entre histéricas exclamaciones de dolor.

Cuando transcurridos unos días, se presentaron madre e hija en la cárcel, para llevar ropa limpia y algo de comida para el preso, desde la misma puerta fueron rechazadas con el consabido:

-No se molesten en venir más por aquí. La justicia se ha cumplido.

Volviendo a la familia de la señorita Mercedes; la esposa del otro detenido y su hija vivían en continua zozobra, y al enterarse de la triste suerte de su amigo, se hundieron en un mar de sombras y desesperanzas.

Así transcurrieron unos días y cuando menos lo esperaba, la joven Mercedes recibió un oficio, para que se presentara sin escusa alguna en la Sala de Audiencias.

Tras una noche de insomnio y llorar continuo, la chica se presentó ante el ya citado personaje.

La conversación siguó un rumbo similar, digamos mejor, un calco de la celebrada anteriormente con su amiga, que denotaba en aquel sinvergüenza, la costumbre de utilizar ese camino para satisfacer su lujuria.

-¡Tenga piedad!- dijo la chica llorosa, al escuchar la sucia propuesta- Jamás he tenido contacto con hombre alguno...¡soy virgen!.

La interrupción fue tajante.

-En unos instantes en que cada día que pasa, mueren millares de hombres, y que los facciosos violan sin escrúpulos a cientos de honradas mujeres, esos argumentos tan sentimentales carecen de valor.

Al ver que la joven parecía ceder, continuó recorriendo con lujuriosa mirada, el juvenil y hermoso cuerpo que tenía delante.

-¿Es que te has detenido a pensar, que con esta propuesta que te hago, no voy a correr yo graves riesgos, y que está en juego, no sólo mi puesto, sino la propia vida?. Si quieres salvar la vida de tu padre, yo te ayudaré, pero sería estúpido pensar, que me metería en ese berenjenal, sin hallar su debida correspondencia.

Vencido en parte el natural horror que la situación le producía, la chica se atrevió a decir:

-Y si me presto a lo que usted solicita ¿quién me asegura que cuando la cosa no tenga remedio, mi padre quedará en libertad?.

El cínico personaje, a sabiendas de que ahora pisaba terreno firme, manifestó.

-Yo puedo firmar su libertad, pero hasta ahí puedo llegar. Ustedes podrían buscarle un escondite donde permanecer libre, hasta que finalice esta guerra.

La joven movió tristemente la cabeza.

-De no poder pasar al otro bando, sería inútil mi sacrificio.

El hombre dejó que se desahogara en lágrimas, para intervenir finalmente con acento meloso:

-Tengo íntima amistad con la persona que extiende los salvoconductos, con el cual le sería posible pasar libremente a la otra parte dominada por los militares...

-¿Y nos daría ese importante documento?- había angustia y esperanza en la voz de la joven.

-De una manera graciosa de ninguna de las maneras, ya que el riesgo que iba a asumir sería muy grande, pero creo, que a cambio de un favor como el que yo te pido...

-Eso es demasiado- exclamó Mercedes, dando una patada con rabia en el suelo, haciendo ademán de marcharse, pero antes de abandonar la sala, pudo escuchar las temidas palabras.

-Puedes obrar como mejor convenga a tus intereses, pero si

piensas tener en cuenta mi propuesta, debes responder de inmediato, ya que de lo contrario, la situación sería irreversible y tu padre seguiría la misma suerte que el de tu amiga.

La joven se detuvo, desplomándose en una butaca, estremecida por fuertes sollozos. Se presentaba en su atribuída imaginación, la horrible escena de su padre, muerto de trágica manera, y tomando una súbita decisión, con la cara cubierta de lágrimas y la voz entrecortada por los sollozos, se encaró con su verdugo:

-Acepto sus condiciones y me responsabilizo de mis actos, pero como es natural, quiero seguridades de que usted va a cumplir sus promesas.

El hombre, satisfecho del éxito de su sucio chantaje, manifestó con alegre acento:

-En ese aspecto tendrás cuantas garantías consideres necesarias- y como persona que había realizado idénticas operaciones anteriormente, se apresuró a tranquilizarla.

-Mañana mismo te facilitaré una entrevista con tu padre, con la prohibición absoluta de que ni a él, ni a ningún familliar, ni amigo, les informes de los medios que te vales para ello, y a solas con tu padre, os ponéis de acuerdo sobre la forma de comunicaros.

Como la joven le mirara con aire sorprendido, su verdugo continuó.

-Una vez que tu padre se encuentre a salvo en la zona facciosa,

la radio de dichos facinerosos, indicará entre otros avisos, el número o la palabra secreta que hayais convenido, totalmente secreta para ambos, y con ello tendrás la seguridad plena de que nosotros hemos cumplido fielmente nuestro convenio.

La joven pareció ver un atisbo de esperanza, que delató el rápido resplandor de su mirada, que su enemigo captó de inmediato, pues agregó con ironía, no exenta de amenaza.

-No nos creerás tan ingenuos como para darte tantas facilidades, sin que tomemos también nuestras precauciones.

-No entiendo- balbuceó ella.

-Pasado en tiempo prudencial desde la desparición de tu padre, tanto tú como tu madre, quedaréis en prisión preventiva en vuestro domicilio. De negarte a cumplir este compromiso, que "libremente" aceptas, primero tu madre y luego tu misma, correréis la suerte del preso desaparecido, y además de una manera forzosa, te obligaré a cumplir este convenio.

Vencidas sus defensas, la joven humilló la cabeza, aceptando su destino.

Una semana más tarde, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban a difuminar las figuras, siguiendo las órdenes emanadas por la Autoridad, para evitar accciones enemigas, una figura de andar vacilante, se dirigió a cumplir la primera parte de su promesa, satisfaciendo la brutal concupiscencia de aquel hombre, falto de todo escrúpulo, que desde su eventual posición totalitaria,

se creía señor de horca y cuchillo, pudiendo disponer de honras y vidas, a su total albedrío.

Durante los meses siguientes, las dos jóvenes no tuvieron oportunidad de verse, la una abrumada por la pena, la otra para evitar explicaciones enojosas, cuyo recuerdo constituía para ella, motivo de eterna vergüenza.

Un día por casualidad, coincidieron en una de las continuas filas que era preciso soportar, si se quería adquirir algún producto para sostener un mínimo de existencia.

Esas filas o colas, estaban formadas en su totalidad por mujeres, pues los pocos hombres, que acuciados por la necesidad se arriesgaban a entrar en su hilera, de no ser viejos o inválidos, no tardaban en recibir las puyas de aquellas mujeres. Estas se burlaban en voz alta, diciendo ¡ el puesto de los hombres está en el frente de batalla, y no escondidos tras las faldas de las mujeres!, obligándoles por lo general a abandonar tanto el lugar como el puesto que ocupaban.

Una vez conseguido su exiguo racionamiento, se unieron caminando juntas a lo largo de una calle casi desierta, dirigiéndose la huérfana, con evidente interés a su amiga.

-¿Sigues acudiendo a la cárcel, con la escasa comida que podéis reservar para vuestro padre, o ya le han dado también el “paseo”, como ha sucedido con el mío?.

Tras una corta vacilación, Mercedes respondió.

-Afortunadamente mi padre está a salvo, luchando en las filas de los nacionales, esperando con impaciencia su triunfal entrada con el grupo de los vencedores.

Su amiga se quedó pálida y desencajada, mirando a su compañera, con una mezcla de furia y asombro.

-¿De manera- pudo articular con evidente esfuerzo- que te has prestado a las sucias exigencias de ese malvado, y has comprado la vida de tu padre, a cambio de la honra?. Me cuesta creer, que una amiga de toda la vida como tú, haya caído tan bajo.

Como la avergonzada joven callara, otorgando de esa forma su tácita confirmación, la irritada Ana barbotó con desprecio:

-No deseo volver a verte, ni hablarte en el resto de mi existencia, porque no quiero tener entre mis amigas, a una despreciable prostituta.

-No me avergüenza haber obrado como lo he hecho- se defendió la acusada- porque no ha sido por placer, ni por vicio, sino que he comprado con algo de mi exclusiva propiedad, la vida de mi padre, por quien daría la vida, si necesario fuera.

El furor y la rabia de Ana, no parecían tener límites.

-De ahora en adelante te prohíbo ¡óyelo bien, te lo prohíbo!, que vuelvas a dirigirme la palabra, porque no quiero tener trato alguno con cierta clase de mujeres- a pesar de que Mercedes, al escuchar esos insultos, pronunciados en voz alta, se alejara con rápido paso,

aún hubo de escuchar:

-Apártate de mi camino, despreciable puta, que te vendes por un plato de lentejas, no eres digna de alternar con mujeres honradas...

La pobre huérfana, bajo un fuerte ataque de histeria y de dolor, se alejó a su vez, estremecida por fuertes sollozos.

Unos meses más tarde, tuvo lugar la entrada de los militares, marchando a la cabeza de los ocupantes el padre de Mecedes, que fue recibido con la natural alegría por su familia, haciéndose cargo desde los primeros momentos, de un puesto importante en la administración. Desde su privilegiado puesto, no tardó en ver nuevamente llenos sus almacenes, recobrándose con creces de sus anteriores pérdidas.

La familia de Ana, pese a sus indudables méritos y grandes sufrimientos, faltos del capitán que debía conducir la nave de sus negocios, quedaron postergados ante el aluvión de arribistas, que se desvivían para ocupar puestos, que en realidad no les correspondía. No le quedó a la desdichada Ana, ni el recurso de la venganza, pues el verdadero verdugo de su padre, cogido in fraganti tratando de escapar, había sido fusilado a las veinticuatro horas.

Al contemplar Ana y su madre, que por parte de la familia de sus antiguos amigos, todo eran felicitaciones y prosperidades, adiendo de rabia, no vacilaban en propagar a los cuatro vientos, especialmente entre sus amistades, la rastrera conducta de Mercedes, quienes ante el auge económico que había vuelto a tener su familia, y el ambiente de guerra que substistía, no daban excesiva importancia a esas situaciones, que en otras circunstancias hubieran sido motivo de escándalo.

Los padres de Mercedes, para evitarle a su hija la vida bajo aquella tensión, la enviaron a casa de un pariente, que tenía su domicilio en una ciudad muy alejada, donde no tardó en conocer a un joven médico, que enamorado de su belleza, no tardó en unirse a ella en feliz matrimonio.

Hasta aquí querido lector, y sobre todo lectora, me he limitado a relatar un hecho, tal y como sucedió hace ya mucho años, que ha dejado una profunda huella en mi alma, porque no me cabe duda, que la conducta de Ana fue mas valerosa, pero mirada desde una óptica más material, más humana, la más beneficiada fue la familia de Mercedes.

Igualmente pienso, que ante una situación tan extremada, de la que dependía la vida de una persona, unida a ella por un parentesco tan directo, antes de tomar una decisión tan drástica, debió de haber pedido consejo a su madre, una persona muy directamente involucrada en tan dramático caso.

Antes de tomar una decisión en pro o en contra de las actuaciones de ambas jóvenes, sugiero que traten de centrarse en aquel ambiente de sangre, corrupción y muerte, con una secuela de hambres y humillaciones, para que puedan opinar sobre este tema que acabo de exponer, basado en un hecho real, y que pongo sobre la mesa COMO MOTIVO PARA UN INTERESANTE DEBATE.

UN EXAMEN SINGULAR

Un Examen Singular es una Anécdota verídica, de un suceso que tuvo lugar en la Escuela de Comercio de Santander, en los felices años Veinte del siglo pasado.

Corría el mes de Mayo, y el alegre bullicio estudiantil en la Escuela de Comercio de Santander, había sido sustituído por voces susurrantes, rostros serios y tensos, que indicaban la proximidad de los siempre temidos exámenes.

En aquella lejana época, los estudiantes de la carrera de Comercio, no constituían la muchedumbre de chicos y chicas, que hoy abarrotan todas las Facultades, sino que, salvo raras excepciones, eran hombres, y aún así, el número de los que estudiaban el último curso de carrera, apenas llegaba a la docena y al ser tan pocos en número, la relación entre ellos era intensa y cordial.

Como es natural, en aquellos días, nadie estaba a salvo de lo que allí iba a suceder, los unos para mejorar sus notas, los otros, para alcanzar el ansiado aprobado, que les permitiría un verano feliz, sin sobresaltos ni preocupaciones.

Haciendo referencia a los doce que terminaban la carrera de Profesor Mercantil, como veteranos tras siete años de estudios,

habían llevado el curso con bastante aprovechamiento, considerando que habían superado todas las materias y tener el ansiado título al alcance de sus manos, que les permitiría buscar nuevos rumbos a su vida, olvidados de disciplinas y exámenes.

Aquellos momentos de relativa tranquilidad, se vieron truncados de forma inesperada por el catedrático de Alemán, un señor muy amable, que había estado enfermo durante gran parte del curso, afectado según se decía en voz baja por la tuberculosis. Cubría la plaza un auxiliar, que aparte de no dominar la asignatura, lo tomaba a beneficio de inventario y prometía éste un aprobado general. Pero por desgracia para los alumnos, el catedrático haciendo un esfuerzo, se incorporó a los exámenes, anunciando que para proceder con más justicia, les iba a someter a la traducción de un texto alemán al español y otro más fácil a la recíproca.

Al enterarse de la fatal noticia, todas las miradas de los alumnos se volvieron hacia José García, que por su gran humanidad y su carácter linfático, era conocido como Pepón. Se daba el caso, que su padre tenía un comercio, de mucho trato con alemanes, y durante los veranos, le hacía seguir cursos intensivos de este idioma. Incluso tenía previsto al terminar sus estudios, enviarle a Berlín durante una larga temporada, para que perfeccionara dicho idioma. Dominando a la perfección la asignatura, se encargaba de manera no oficial, de realizar las traducciones que el auxiliar les mandaba traducir en casa, limitándose el resto de los compañeros a copiar la traducción antes de entrar en clase, que el buenazo de Pepón les facilitaba de buena gana. Así confiaban todos en el seguro aprobado de fin de curso.

A las tímidas protestas de los alumnos, por aquel inesperado examen, cuando todos esperaban el aprobado por las notas del curso, el catedrático les tranquilizó, diciendo que el motivo del examen era efectuar con justicia las calificaciones de los alumnos, desechando el temor del inesperado suspenso.

Los ruegos, las súplicas, y hasta alegres amenazas llovieron sobre el bueno de Pepón, que se defendía débilmente diciendo: "Depende de la vigilancia del profesor. Tendremos que andar con cuidado porque si nos sorprende, sería peor el remedio que la enfermedad", etc, etc..

Para lucir sus conocimientos en la materia, el profesor había escrito sobre una enorme pizarra que había en la pared del aula, interminables escritos en alemán, que para la mayor parte de los alumnos, más que alemán les parecía chino, por lo que todas las miradas convergían sobre Pepón, que escribía febrilmente, llegando hasta sus oídos los susurros de sus compañeros solicitando ayuda, y hasta el propio Isidro Pando, el alumno que acaparaba en todas las asignaturas las matrículas de honor, recurrió a su ayuda, para salvar algunas lagunas que dificultaban su perfecta traducción. En tanto que muchos de sus compañeros, apenas habían escrito unas líneas, el bueno de Pepón se retrepaba en su asiento, con una sonrisa de oreja a oreja.

-Por favor, pásame el ejercicio- dijo una voz angustiada- y aprovechando que el profesor, para distraer su aburrimiento, se interesaba en la lectura de un periódico, pasó a su compañero más próximo la traducción del escrito.

El alumno que recibió el “tesoro” lo copió aceleradamente, pasando a su vez el escrito a otros compañeros situados en distintas mesas.

La traducción fue pasada progresivamente de alumno a alumno, ya que cada uno, tras copiarlo, lo pasaba al compañero más cercano, y cuando el catedrático dió orden de entregar los ejercicios, hubo un gran revuelo de papeles. Los alumnos, tras entregar los exámenes, corrieron desaforados por los pasillos, dando gritos de alegría, seguros de haber salvado el inesperado escollo del intempestivo examen, haciendo caso omiso de las protestas del pobre Pepón, que no sabía por dónde se hallaba su escrito, quedando como único ocupante del aula.

-¿Podría decirme, señor García los motivos de no entregarme su examen?.

Como éste callara, el profesor volvió a insistir.

-¿Es que no ha podido traducir el tema que les he propuesto?. Mucho me extraña en usted, pues le tengo conceptuado como el mejor estudiante de mi asignatura.

El atribulado muchacho se había levantado, y buscaba con ansia por todos los lugares del aula, en tanto que el catedrático comenzaba a enfadarse.

-¿Puede decirme qué le sucede?.

-Es que...es que...-Acababa de descubrir que un papel arrugado

y roto en uno de los rincones, correspondía a su exámen, tratando con gran apresuramiento de recomponer aquel desastre, planchándole con las manos y estirándole para darle un aspecto algo más presentable, aunque para su desgracia, sus esfuerzos resultaban baldíos, dado el deterioro que había sufrido.

Se acercó al profesor balbuceando disculpas, quien al ver la inmundicia que le presentaba, presa de gran indignación, se encaró con el pobre muchacho.

-¿Se da cuenta del desprecio personal que me infiere, al presentarme esta porquería como resultado de un exámen final de curso?.

Tras una larga pausa, en la que la cólera le impedía hablar, prosiguió con el mismo tono de voz.

-Esto para mí, significa un verdadero insulto, un menosprecio de tal categoría, que a pesar de mis buenos deseos no puedo tolerar, y antes de que se aleje, vea lo que hago con su exámen- y rompiéndole en trozos menudos, continuó.

- Aunque desde ya, puede imaginárselo, le anticipo que la calificación de su examen va a ser un cero grande ¡muy grande y muy redondo!, y para el próximo septiembre, sepa de antemano que el nivel que voy a exigirle para el aprobado va a ser alto ¡muy alto!.

Sin saber qué decir, ya que ni por un momento pasó por su mente denunciar a sus compañeros, con lágrimas en los ojos, abandonó Pepón la Escuela de Comercio. Considerándose víctima de una

tremenda injusticia, deambuló por las calles de la ciudad, buscando los lugares menos concurridos hasta llegar a la bahía, y siguiendo el borde del agua se acercó hasta el Sardinero. Arrellanándose en un banco del desierto Piquío, se quedó mirando embobado a las olas, que se estrellaban contra la dura roca que le sustentaba.

Los compañeros habían salido tan airosos de aquel definitivo examen, que celebraban su éxito en un concurrido bar, bebiendo y convidando a todos los presentes, pues como ellos proclamaban a voz en grito, habían dado un paso definitivo en sus vidas, ya que eran Profesores Mercantiles, y en su indescriptible alegría, se llamaban los unos a los otros, anteponiendo a sus nombres de pila el tratamiento de "don", disfrutando como lo que en realidad eran: jóvenes alegres y felices.

De pronto, uno de ellos exclamó:

-¿Dónde esta Pepón? Tenemos que darle un banquete en homenaje, ya que gracias a él, hemos salvado airosamente este inesperado obstáculo.

-Yo he sido el último en salir- dijo uno de ellos- pero aún estaba él en su interior.

-Bien, ya le veremos más tarde- dijo otro, deseoso igual que los demás, de ir a su casa a contar la buena nueva.

Horas más tarde, y con los ánimos más templados, volvieron a reunirse en el mismo bar, para tomar café, con su correspondiente copa de buen coñac, observando nuevamente y ahora con cierta

preocupación, que el mentado compañero seguía sin aparecer.

-Voy a llegarme hasta su domicilio- dijo Isidro Pando- pues me temo que con tantas emociones se haya puesto enfermo.

No tardó en regresar, pero ahora con gesto de gran alarma.

-En su casa están muy preocupados, pues no se ha presentado a comer, y ni en Comisaría ni en otros centros, tienen noticia alguna sobre su paradero.

A estas palabras siguió un largo silencio, que rompió nuevamente Isidro, de carácter muy decidido, y acaparador de Sobresalientes y Matrículas en todas las asignaturas.

-Aquí hay algo que se sale de lo normal, y temo que sea grave, por lo que es necesario que todos nos dediquemos a buscarle, hasta averiguar la razón de su extraño comportamiento.

Otro de los asistentes intervino en aquel momento.

-Me consta que a Pepón le gusta contemplar las olas, cuando el mar está revuelto, por lo que seguramente ha ido al Sardinero, y mirando al mar se ha quedado dormido, nada de extrañar, después de tantas noches que todos hemos pasado en claro, preparando los éxamenes.

Inmediatamente Isidro y otro compañero, subieron a un tranvía, que les condujo hasta las playas del Sardinero, no tardando en encontrar en un rincón de Piquío al hombre buscado, que se hallaba

ensimismado en sus tristes pensamientos, ajeno por completo al tiempo transcurrido, abrumado por aquella injusticia.

-¿Qué haces por aquí tan aburrido y sólo, cuando debieras estar con nosotros festejando las buenas notas? Corramos en primer lugar para avisar a tu familia, que al carecer de tus noticias se hayan muy preocupados, y más tarde a recoger la última calificación que nos falta para conseguir el tan ansiado título.

-¿Pero no sabéis que el propio catedrático me ha dicho, que no solamente me calificaba con un suspenso, sino que en septiembre, como él pueda, me volverá a suspender?- Y a continuación, con lágrimas en los ojos les contó lo sucedido.

-Esto no va a quedar así- le animó Isidro con su habitual optimismo- veamos si entre todos, podemos convencer al profesor- y cogiéndole uno de cada brazo, le obligaron a subir a un tranvía y a regresar con ellos.

-¿Por qué no le contestaste, diciéndole la verdad que por tu parte no había existido desacato alguno?.

-Prefiero suspender cien asignaturas, antes que denunciar a un compañero ¿con quién creéis que estáis hablando?- fue la digna respuesta.

-Después de todo- continuó- mi padre se hará cargo de las circunstancias, y para el fin que me tiene reservado, igual puedo hacerlo con título que sin él, y para cuando regrese, dentro de dos años, quizás hayan cambiado de profesor. En último caso me matricularé de esa asignatura en otra Escuela...

-Y seguramente sabrás más de dicho idioma que el profesor, pero lo que aquí estamos tratando es de evitar una injusticia, y ¡por Dios! que entre todos, vamos a conseguirlo.

Tras tranquilizar a la familia del desaparecido Pepón, a las cinco en punto, hicieron su entrada en el aula, los doce alumnos que componían el curso, con una cara de circunstancias, que no cuadraba con la natural alegría de recibir el espaldarazo, que marcaba el final de una larga carrera.

El catedrático con gesto serio inició su preparado discurso.

-Quiero saludar en todos ustedes a los nuevos titulados, que han entrado a formar parte del Ilustre Colegio de profesores Mercantiles, al que se han hecho acreedores por su constancia y aplicación en los estudios, aunque lamentándolo mucho, he de hacer un inciso, pues no hay regla sin excepción, ya que con harto pesar mío, me veo obligado a suspender al que ha constituído el garbanzo negro del grupo- y su índice señalaba al avergonzado Pepón.

En aquel momento fue interrumpido por Isidro, que pálido, pero con acento decidido, se atrevió a enfrentarse con el profesor.

-Con el debido respeto, y antes de que usted continúe, deseo hacerle algunas aclaraciones sobre unas falsas apariencias...- Si...si...- apostilló otro del grupo- nos agradaría mucho y le quedaríamos muy reconocidos, que en esta ocasion no hiciera excepción alguna, dando un aprobado general, que nos dejaría felices y contentos a todos, ya que además de benévolo, sería de justicia.

-Me hago perfecto cargo, que como buenos compañeros desean ayudarle, pero están perdiendo un tiempo precioso en defender una causa imposible, porque el Acta está firmada, y nada ni nadie me hará cambiar de opinión.

Isidro volvió a intervenir con idéntico acento.

Con esa drástica decisión, nos coloca usted en una dificil situación, ya que esa calificación, además de estar equivocada, es injusta.

-Le exijo un mayor respeto, señor Pando, pues aunque usted haya terminado de momento su carrera, y por cierto con gran brillantez, aún está sujeto a la disciplina académica de la Escuela y podría caer en grave falta disciplinaria.

-Vuelvo a insistir con todo el respeto del mundo, que si usted fuera conocedor de la realidad de lo sucedido, su postura sería totalmente diferente.

-Yo a mi vez, también les ruego que no insistan sobre un tema calificado y decidido, porque de haberse tratado de un examen vulgar, incluso malo, teniendo en cuenta que esta asignatura de alemán, no es indispensable para su futuro, yo hubiera sido flexible, en atención a las circunstancias, y le hubiera aprobado, pero me es de todo punto imposible pasar por alto, ese desprecio hacia mi persona, que me ha herido en lo más hondo, y aunque no pueda por menos que aplaudir su compañerismo, les ruego recojan sus notas, y vayan a disfrutar de su título.

Contra lo que se esperaba el profesor, ninguno de a los alumnos abandonó su asiento, y el tenso silencio que siguió a estas palabras, fue roto por un ahogado sollozo de Pepón, que hizo ademán de abandonar el aula, pero Isidro, más pálido aún, pero con enérgica determinación, le obligó a regresar a su asiento, acercándose a la tarima del profesor y tras contemplar su nota del examen, volvió a dejarla caer sobre la mesa.

-Le agradezco mucho la alta calificación que me ha otorgado, pero va contra mi conciencia, admitir una nota tan elevada, en una asignatura, en la que se suspenda a la persona que sabe más, con diferencia, sobre todos nosotros.

El profesor hizo un gesto de paciencia.

-Les repito que la suerte está echada, y no se molesten, ni me molesten a mí, con reivindicaciones que no vienen al caso.

Por su parte Isidro movió la cabeza con gesto obstinado

-Usted habla de esa forma, porque desconoce las interioridades del asunto, ya que de conocerlo, estamos seguros que obraría de distinta manera.

-Es que ustedes no se dan cuenta, de que en este caso, no se trata de saber mejor o peor la asignatura,sino...

-Perdone que le interrumpa, pero ya que me obliga a ello, voy a descubrir algo que hará modificar su opinión, y mis compañeros aquí presentes, corroborarán o negarán mis palabras..

-Está usted dando, como vulgarmente se dice, coces contra el aguijón, porque en este caso, nada ni nadie me hará cambiar de parecer -Por primera vez en la historia de los exámenes, voy a denunciarme ante el profesor y a denunciar también a mis compañeros, que todos los huecos que habíamos dejado en la traducción del tema, los fuimos cubriendo gracias al examen de nuestro compañero aquí presente, que ha sido el único ¡óigalo bien!, el único que ha efectuado la traducción completa y perfecta, por consiguiente y en justicia, es merecedor de la nota más alta por su examen.

-Aunque me hago cargo de sus aclaraciones, le repito que el Acta y las notas ya están firmadas, y dando por sentado que sus afirmaciones son ciertas, y aunque sus conocimientos fueran superiores a los míos, me vería precisado a suspenderle, por su falta de educación y mínimo respeto hacia mi persona como catedrático en ejercicio de la asignatura.

A pesar que estas palabras parecían haber dejado zanjada la cuestión de forma definitiva, ninguno de los alumnos se movía de los asientos, reinando en la sala un silencio sepulcral, hasta que Isidro volvió a la carga.

-Perdone que vuelva a insistir, pero tampoco nuestro compañero es culpable de esa grave falta, de la que usted le acusa con razón, porque el hecho tuvo su origen en el egoísmo de toda la clase, ya que su exámen pasó de mano en mano, y el último, creyendo que se trataba de una copia, lo arrugó y lo tiró a la basura, para que no se descubriera la trampa.

-Aún así, lo que tengo decidido no tiene marcha atrás, y aunque mi conciencia nada me reprocha, en el próximo examen se lo tendré en cuenta.

En nombre de esa misma conciencia, a la que usted hace alusión, y con el máximo respeto, me niego a aceptar una calificación que ha redundado en perjuicio del más inocente de todos, y en mi caso, sólo puedo aceptar una calificación inferior a la de mi compañero, pues aunque poco, yo también he copiado del más preparado de la clase en esta asignatura, que es el señor José García.

-Está usted incurriendo en el mismo delito del señor que acabo de nombrar, y ya que se empeña, le pondré un cero en conducta, que le inhabilitará para conseguir de inmediato un título que tanto desea, empañando la brillantez de toda una carrera.

Otro de los alumnos, con el rostro pálido, y con voz temblorosa, manifestó poniéndose de pie:

-Con gran dolor de mi corazón, y con todos mis respetos, solicito equipar mi calificación con la de los señores García y Pando.

Como un sólo hombre, los alumnos restantes se levantaron de sus asientos, manifestando a coro.

-Nos solidarizamos con nuestros compañeros y aceptamos nuestra responsabilidad.

Ante lo insólito de la situación, el profesor permaneció durante un buen rato, sumido en sus pensamientos, en medio de un silencio

de muerte, mirando de soslayo al conjunto de la clase. Finalmente se decidió a hablar, con un tono más distendido.

-Les ruego que tomen asiento- Todos ocuparon sus lugares habituales, ya que habían seguido en pie, excepto Pepón, que continuaba sentado con la cara oculta entre sus brazos.

-Veamos si entre todos, podemos hallar la solución que nos parezca más conveniente. No creo -continuó- que existan precedentes semejantes en esta Escuela de Comercio, y para su mejor solución yo veo dos caminos diferentes, que voy a exponer a continuación. El primero es repetir mañana el exámen, con una mayor dificultad en el mismo.

Los componentes del grupo, movieron tristemente la cabeza, aceptando tan drástica decisión.

-Para ello existe un inconveniente, que ya he hecho constar que se ha celebrado el examen, y en ese aspecto no puedo volverme atrás, por consiguiente busquemos entre todos una mejor solución.

Nuevo silencio, durante el cual, los rostros de los alumnos reflejaban la más alta tensión.

-En este problema, que de forma tan inopinada acaba de presentarse, hay algo que no cuadra entre las relaciones normales que existen entre compañeros de estudios, y para no pecar de injusto, deseo que el señor Pando, que parece ser la voz cantante del grupo, me diga, cómo podría solucionarse esta insólita cuestión, en bien de la justicia, que debe prevalecer en ocasiones como las actuales.

El aludido se levantó, expresándose con acento claro y decidido.

-Conozco su manera de ser, recta y justa, y si por haber copiado, como confieso humildemente, considera que debe de rebajarme la nota, lo acepto de buen grado.

-Se hace usted cargo, que obrando de esa forma, aquel alumno que ahora está aprobado, quedaría comprometido para otro exámen.

-Efectivamente, y para que vea que no quiero actuar con ventaja, acepto de antemano una nota inferior a la que otorgue al señor García.

-¿Según se desprende de sus manifestaciones, en caso que yo diera un aprobado al señor García usted aceptaría sin discutirlo, el primer suspenso en su brillante carrera?.

-Aunque lamentándolo, si ésa es su decisión, lo acepto porque es de justicia.

-¿Aceptarían ustedes la propuesta de su compañero?- dijo el profesor, de cuyo semblante había desaparecido toda crispación.

Con voz temblorosa, pero decidida, la respuesta fué unánime.

-¡Lo aceptamos!

En aquel instante, el llamado Pepón, se levantó de su asiento, y con los ojos enjutos, pero ademán resuelto, se dirigió a la tarima del catedrático.

-Me parece que están ustedes tratando de un asunto que es de mi exclusiva incumbencia, ya que es inútil toda discusión, porque me niego rotunda y totalmente, que a cambio de mi aprobado, sea suspendido cualquiera de mis compañeros, rogando a todos sepan disculpar mi anterior debilidad impropia de mis años, pero quiero hacer presente, que mis lágrimas respondían a mi amargura, pensando en el egoísmo de mis queridos compañeros, pero al observar ahora mi equivocación, acepto el justo calificativo que las circunstancias me han otorgado...

-¿Y que piensa hacer ahora?- le interrumpió el profesor con aire risueño.

-Mi padre me ha conseguido una plaza en un colegio de las proximidades de Berlín, para estudiar durante ese tiempo el idioma, ya que tiene relaciones comerciales con dicha nación, y desea que me especialice en alemán, y como comprenderá, para ello lo mismo me va a servir tener el título o no tenerle, y pasado ese plazo, estaré aquí de nuevo a su disposición, en la confianza de que para entonces, he de merecer de usted una buena calificación.

-¡Alto ahí!- dijo el catedrático riendo de la mejor gana- que después de conocer sus planes de futuro, prefiero aprobarle ahora, ya que de lo contrario a su regreso, podría saber más el alumno que el profesor.

-Me alegro mucho- la voz de Pepón sonaba cada vez más emocionada- que deje usted el Acta, como ya la tiene redactada, pero antes de despedirme, quiero significar al señor profesor, que nunca estuvo en mi ánimo ser desconsiderado, y mucho menos

despreciarle en su labor pedagógica, acompañada siempre de un trato cordial con sus alumnos.

Dando la media vuelta se dirigió a la puerta, pero al llegar a ella, se volvió con la más alegre de las sonrisas.

-¡Adiós a los camaradas, y hasta siempre!- pero al abrirla, se encontró con la oposición del profesor, que dando pruebas de una agilidad impropia de sus años, le sujetó de un brazo, obligándole a llegar con él hasta la tarima.

-Tras las aclaraciones que acabo de recibir, no puedo aceptar que usted se vaya, sin manifestarle que acepto de todo corazón, sus disculpas, como igualmente espero que acepte usted las mías-. Un emotivo abrazo fue la inmediata réplica a sus palabras.

-Antes de que usted se ausente, espero me diga si queda conforme con las calificaciones que he dado a sus compañeros y mejores amigos.

A continuación hizo una breve relación de las calificaciones de los presentes, que fueron recibidas con alegres exclamaciones de alegría.

Como habrá podido comprobar, han quedado pendientes la del señor Pando y la suya, ya que deseo que el primero me diga, si sigue firme en su deseo de que su calificación fuera un punto menor que la de don José García.

-Como ya he tenido ocasión de manifestarle anteriormente,

insisto en ello, por ser de justicia.

-Entonces no me va a quedar más remedio- dijo con la mayor de sus sonrisas- que obrar de esta manera...- y durante unos instantes estuvo escribiendo y borrando párrafos anteriores.

-Como a don Isidro Pando yo le había concedido un sobresaliente, y todos ustedes están de acuerdo, en que don José García merece una nota más alta, tengo la satisfacción de comunicar al interesado y a todos los presentes, que de muy buen grado, concedo a este último la matrícula de honor...

Los vivas y los gritos de alegría resonaron en el aula, escuchándose apenas la voz emocionada de Pepón, que gritaba...

-¡Esto es demasiado!...¡demasiado!

Sin hacerle caso, sus compañeros se apiñaron a su alrededor, y levantándole en hombros corrieron bulliciosos por los pasillos, en tanto que el profesor con suave sonrisa, se quitaba las gafas para limpiarlas de la humedad que a pesar suyo se había desprendido de sus ojos, musitando enternecido.

-¡Qué bella y alegre es la juventud, cuando ésta es sana y tiene toda una vida por delante!.

DEL ODIO A LA CONFRATERNIDAD

(RECOPILADO DE UN HECHO REAL)

La intensa nevada había cesado durante la interminable noche, y como consecuencia de la fuerte helada, la temperatura habìa descendido varios grados, endureciendo la nieve que cubría tejados y suelo, cubriéndola de una capa blanca, que en este último caso, hacía peligrar la integridad física de quien se atreviera a transitar por el pequeño pueblo al que denominaremos "Tablada". Aislado desde hacía dos meses de cualquier otra comunidad, por la imposibilidad de subir por las empinadas carreteras, dado el enorme riesgo que ello suponía, se comunicaba con otras comunidades, por medio de caballerías, o caminando a pie, empleando los más jóvenes el esquí, en cuyo manejo solían ser verdaderos maestros, dejándose deslizar rápidos sobre la dura nieve.

Acostumbrados los habitantes a las molestias e inconvenientes de los duros inviernos, como consecuencia de la elevada altitud del pueblo, entre altos y escarpados montes, sobrellevaban con paciencia su aislamiento, pasando los hombres la mayor parte de su ocioso tiempo, en las dos tabernas que existían en Tablada, ya que eran dos los lugares donde se reunían sus habitantes. Como igualmente eran dos las barberías, dos las boleras, y aunque sólo exisítía una pequeña capilla, cuando el cura podía subir al pueblo, eran también dos las misas que se celebraban a distintas horas, ya que en aquel remoto lugar, sus habitantes se hallaban divididos en dos bandos, que tradicionalmente se odiaban y despreciaban mutuamente, siendo interminables los numersos pleitos que se entablaban entre ellos.

Ni los más viejos de la localidad, podían dar la razón del motivo o de la fecha en que se iniciara aquella irreconciliable enemistad, pero lo cierto es, que perduraba a través de las generaciones, como si de una mala copia de Montescos y Capuletos, de la conocida obra de Romeo y Julieta, se tratara.

A lo largo del año, ocupados como todos se hallaban en las fatigosas tareas de la tierra y del ganado, estos resentimientos quedaban relegados a un segundo término, pero a la llegada de los duros inviernos, con la natural interrupción de parte de esas labores, se recrudecía la animadversión, y en más de una ocasión, hubieron de intervenir guardias y médicos de una importante Villa cercana, para imponer la paz y curar las dolorosas heridas, que daban origen a nuevos pleitos, en un cuento de nunca acabar.

Quizás la excesiva dureza de aquel invierno, contribuyera a sosegar un poco los ánimos, ya que parecían vivir todos en aparente tranquilidad, pero sin embargo los chicos, a espaldas de sus mayores, mantenían enfrentamientos, empleando unas veces la nieve endurecida, que producían el efecto de verdaderas piedras, y otras veces los puños.

En la ocasión a la que hacemos referencia, las dos pandillas hubieron de suspender su enfrentamiento a causa de la oscuridad de la noche, pero convinieron al separarse, que los jefecillos, Tivo y Juanjo, se pelearían a la mañana siguiente a puñetazo limpio en representación del grupo, para demostrar quien era más fuerte y más valiente.

A las doce de la mañana, hora fijada para el encuentro,

solamente la partida de Tivo estaba en el lugar señalado, y como el frío arreciaba, salieron en dirección a la casa de Juanjo, en cuyas proximidades y refugiados en un cobertizo, se hallaba el otro grupo sin la presencia de su jefe, cuya ausencia ninguno de su grupo sabía explicar.

-¿Donde se halla vuestro representante?- preguntó Tivo con acento fanfarrón, no exento de chulería- ¿Es que se ha cagado de miedo y se está limpiando el trasero?.

-Al parecer- dijo uno de su grupo- su madre se encuentra gravemente enferma, y está a su lado con el resto de su familia.

-¿Y eso que pude importarnos a nosotros dos, o es que para ello precisa de la ayuda y presencia de su "mamita"?.

Como no obtuviera respuesta, prosiguió con jactancia.

-Ya que él no viene, iré yo a buscarle- Emprendieron todos la marcha en tenso silencio por las resbaladizas calles. Uno del grupo de Tivo, se acercó a la casa llamando al interesado, que no tardó en hacer acto de presencia, pálido y desencajado, preguntando para qué le querían.

-¿Es que has olvidado nuestro desafío?- preguntó burlón el llamado Tivo, acercándose con el resto del grupo.

-Tengo a mi madre en una situación crítica y si no viene pronto el médico, se muere sin remedio- sollozó el muchacho.

Un poco desconcertado ante aquella inesperada contingencia, pero sin perder su tono burlón, braveó Tivo:

-Yo no vengo aquí a pelearme con una mujer, y menos estando enferma, sino con un muchacho cobarde, que teme enfrentarse conmigo, ya que sabe que le voy a dar una paliza, que le servirá de respeto y escarmiento, el resto de su existencia.

-Puedes llamarme lo que quieras, porque en estas circunstancias, ni quiero ni puedo pelearme con nadie.

-Entonces debes de reconocer públicamente, delante de todos los que estamos presentes, que no te peleas conmigo, porque en el fondo eres un cobarde.

El llamado Juanjo levantó los hombros afectando una indiferencia que no sentía.

En vista de su silencio, el aprendiz de chulo, se encrespó.

-No sé, como permitís, que un cobarde como éste, sea vuestro jefe.

-Si se trata de eso, desde ya, renuncio a todo mando, pues en estos momentos me preocupa mucho más la salud de mi madre, que cualquier otra cosa en este mundo.

-Antes de marcharte repite en voz alta que soy más hombre y más valiente que tú, que al final ha resultado que eres un cobarde, indigno de estar al mando de nadie en este pueblo.

El desafiado hizo un esfuerzo para controlarse, y con voz casi inaudible repitió las palabras que le exigían, y con más energía, continuó.

-Como después de esto, supongo que habrás quedado satisfecho, regreso a mi casa.

El silencio que siguió a estas palabras, fue roto por un lamento prolongado, que revelaba un dolor inaguantable, saliendo del domicilio de Juanjo, quien abandonando al desconcertado grupo, entró como una exhalación en la casa.

El espectáculo que se presentó ante sus ojos, seguía siendo tan desolador como lo dejara anteriormente. Tumbada sobre un lecho situado en la parte inferior de una casa, construída con piedra y argamasa, una pobre mujer con los ojos cerrados, se debatía entre la vida y la muerte con sordos gemidos, que a veces se transformaban en vibrantes alaridos.

Muchas personas, entre las que predominaba el sexo femenino, se agrupaban en tenso silencio, tratando inútilmente de buscar alivio a la enferma, lo que por desgracia, no entraba en sus conocimientos.

Una voz se dejó oir con irritado acento.

-¿Dónde demonios estará ese maldito médico, que tanto se hace esperar, cuando ya debiera encontrarse aquí, como me había prometido?-

El que acababa de hablar era Eusebio, el marido de la enferma, que en realidad no era tal, sino que estaba esperando a dar a luz a su cuarto hijo, y para su desgracia, el parto se había complicado, habiendo reclamado los urgentes servicios de un médico especialista, que para desesperación de todos lo presentes, no acababa de dar señales de vida. Una voz femenina respondía con el tono que se emplea cuando se habla con un enfermo o con una persona muy irritada.

-Nos avisaron de que salían al poco tiempo de nuestra llamada, y en realidad ya debieran estar aquí.

-Hay que reconocer que el tiempo no se presta para andar con prisas- dijo otra de las presentes, y ya sabemos que la situación atmosférica no puede ser peor. Por otra parte, la tormenta ha interrumpido toda posibilidad de hablar por teléfono, y si por desgracia se retrasa mucho..., no quiero ni pensarlo- terminó con un triste suspiro.

La agitación de la parturienta se incrementó por momentos, y sus gemidos se hacían más insistentes y dolorosos.

De pronto Juanjo, que permanecía en un rincón, esforzándose en vano en consolar a sus dos hermanas, que no cesaban de sollozar, exclamó en voz baja, pero con acento decidido

-No aguanto más, quizás los médicos y ayudantes se hayan extraviado y no acierten a llegar hasta aquí, voy a salir a su encuentro, por si necesitan a una persona conocedora del terreno que les guíe.

-¿Pero tú estás loco? ¿Te das cuenta de los peligros que encierra, andar de noche por esos caminos helados y desiertos?- dijo la mayor de ellas.

-Cualquier cosa, menos permanecer aquí, mano sobre mano, viendo como se muere nuestra madre, sin posibilidad de hacer algo para ayudarla.

-Como se enteren y con mucha razón, no te van a permitir que salgas del pueblo, ya que sería añadir a una desgracia, otra.

Sin hacer caso a tan sensatas palabras, el muchacho se deslizó furtivo hasta un cobertizo donde guardaba sus esquís, pero al llegar a la puerta, se encontró con la sorpresa, de que la totalidad de los muchachos, incluídos amigos y adversarios, encabezados estos últimos por Tivo, le obstruían la entrada.

-¿Qué deseas ahora?- le preguntó iracundo- si ya he reconocido que tú eres un gran campeón y yo un miserable cobarde.

El tono de voz de su adversario fue en esta ocasión muy suave, totalmente opuesto a su anterior bravuconería.

-Me he enterado de que el motivo de que te hayas “achicado”, ha sido a causa de que tienes a tu madre en grave peligro de muerte, y delante de todos los presentes, sin perjuicio de que más adelante ventilemos este desafío, quisiera pedirte perdón...

-Te agradezco de veras este gesto que dice mucho en tu favor- y extendiendo la mano, estrechó fuertemente la de Tivo- pero no

puedo entretenerme, porque el equipo médico se está retrasando en demasía, y temo que de llegar tarde, se mueran mi madre y el pequeño hermano que esperamos, así que he decidido salir a su encuentro, por si con tanta nieve, no supieran seguir el camino hasta el pueblo.

-Eso que quieres hacer- dijo alarmado uno del grupo- es muy peligroso, y casi un suicidio.

-Me hago cargo del riesgo, pero ni los nervios ni la paciencia me permiten sosegar, y estoy dispuesto a correr cualquier riesgo, por grande que sea...

La interrupción de Tivo fue realizada con decidido acento.

-Tiene toda la razón este amigo, cuando dice que en estas circunstancias ir solo es desafiar a la muerte, pero si van dos, el riesgo disminuye, hasta convertirse en un divertido paseo, por consiguiente espera un poco que voy contigo.

-Te lo agradezco en el alma, pero en este caso, el peligro es idéntico para uno, que para dos, y a ti, nada se te ha perdido en este asunto.

-De no ir contigo en estas circunstancias, quedaría como cobarde a los ojos de estos amigos, que pensarían con razón, que cuando la vida está en juego, me arrugo y dejo patente que eres más valiente que yo; así que quiero ir contigo, para demostrar que por lo menos somos iguales ante el verdadero peligro.

-Todos sois testigos, que viene contra mi voluntad, y si algo le sucediere...

-Tranquilo, que aquí declaro públicamente, que me hago responsable de cualquier cosa que pudiera sucederme- y el valiente muchacho, corrió a buscar su gruesa zamarra y sus esquís.

Con el mayor disimulo posible, los audaces muchachos abandonaron la seguridad de su pueblo, para deslizarse a tumba abierta por la desconocida ruta, ya que la nieve había borrado todo sendero, mostrando a la tenue luz de la Luna, una engañosa a la par que peligrosa uniformidad.

Guiados por su conocimiento del terreno, recorrido cientos de veces en todo tiempo, utilizando los montes como hitos seguros, avanzaron rápidos, sin cruzar palabra, en medio de un temeroso silencio, y cuando llevaban recorrido la mayor parte del camino, contemplaron aterrados que una auténtica montaña de hielo obstaculizaba el paso.

Una auténtica avalancha de nieve se había deslizado por la ladera de uno de los montes cercanos, formando una barrera infranqueable, que impedía de manera total, el paso de cualquier hombre o animal que pretendiera cruzarla.

Tras un rápido exámen, volvieron ambos jóvenes cariacontecidos y desilusionados, para llevar la triste nueva a familiares y amigos, que seguían aguardando impacientes la llegada de médicos y auxiliares, para atender a la parturienta, cuya salud declinaba por instantes.

Al recibir la fatal noticia, el padre de Juanjo, sin moral para reñir a su hijo, que se había expuesto a tan grave riesgo sin su consentimiento, y avisarle que se había logrado establecer contacto con el Sanatorio de la Villa, se acercó al aparato, gritando como un loco.

-Por favor, señorita, ¿dónde está ese equipo médico, que tanto se hace esperar?. De no llegar pronto será un viaje inútil, porque solamente tendremos presente un cadáver.

Una voz femenina, suave pero firme le respondió.

-Lamento tener que darle una mala noticia, pero es en vano que esperen su llegada, pues han regresado hace unos instantes más muertos que vivos, y con un susto, que unido al frío, les hacía temblar de pies a cabeza.- Prosiguió- Una avalancha ha estado a punto de enterrarles en vida, dando gracias a la Providencia por su buena suerte, ya que de haber salido unos minutos antes, no hubieran vivido para contarlo, sepultados bajo toneladas de hielo y piedras.

-¿Quiere decir señorita, que no van a venir?- la voz sonaba ahora entrecortada por la angustia.

-Ni por todo el oro del mundo, volverían a intentar llegar hasta ese pueblo, pues aún tienen el frío y el miedo metidos en el cuerpo, y juran que jamás han visto la muerte tan cerca. Por otra parte, es tal la cantidad de hielo caída, que ha formado una auténtica montaña, siendo humanamente imposible realizar esa travesía, por lo que están ustedes totalmente aislados.

Como la telefonista escuchara en el auricular un profundo sollozo, prosiguió con acento de consuelo.

-Deben de resignarse ante la adversidad, pues la barrera formada en el camino hace infranqueable la comunicación entre ustedes y nosotros.

-De su comunicado saco la consecuencia, que debo resignarme a contemplar cómo muere mi mujer, entre grandes dolores...- no pudo continuar, pues la voz quedó ahogada en su garganta, y las lágrimas brotaron abundantes de sus ojos.

-Yo pienso padre- dijo de pronto Juanjo, que estaba acompañado de Tivo- que si un grupo de hombres, cargaran con nuestra madre y llevaran picos y palas, nosotros dos, les enseñaríamos un lugar por donde, con un poco de suerte, podríamos pasar todos.

-Es inútil pensar en soluciones descabelladas, porque ¿quién se iba a arriesgar a realizar una travesía semejante, en que la vida correría serio peligro, cuando al fin y al cabo sólo nos atañe a nosotros directamente esta desgracia?- y un nuevo torrente de lágrimas fue el triste colofón a sus palabras.

Con la barbilla apoyada en el pecho, Eusebio, hundido en la mayor de la desesperanza, permaneció un buen rato, hasta que un fuerte rumor de voces y pisadas le obligó a levantar la cabeza, para contemplar atónito, como la habitación se había llenado de personas, en su mayoría del sexo masculino, que le miraban compasivos. Pero su asombro fue aún mayor al observar, que una parte importante de los allí reunidos, eran sus sempiternos enemigos, sus declarados adversarios, con los cuales, a lo largo de su existencia, apenas había cruzado otras palabras, que no fueram insultos y desafíos.

-¿Qué pretendéis ahora?- preguntó con rabioso acento- ¿Disfrutar con mi dolor ante la agonía de mi mujer?. Si es así, ahí la tenéis.

-No son estos los momentos de riñas ni de enfados, y mucho menos de ruines venganzas. No nos conoces bien, si piensas por un sólo instante que estamos aquí para disfrutar de tu crítica situación. Por el contrario, sabemos que tu esposa Nisia se encuentra al borde de la muerte, y venimos con la mejor voluntad del mundo, a prestar nuestra ayuda, para buscar, si ello fuera posible, una solución. El que así había hablado, era Tuñón, cabeza visible del bando contrario, por lo que el padre de Juanjo se limitó a decir.

-Agradezco vuestro interés, pero por desgracia éste es un caso que carece de solución, ya que se han aliado la desgracia y la mala suerte- al decir estas palabras un profundo sollozo conmovió su robusto cuerpo- Mi pobre mujer está condenada a morir, y con ella el niño que lleva en sus entrañas, verdugo inocente de su muerte.

-Nosotros vivíamos con la idea de que Eusebio era un hombre, fuerte y valiente, que amaba a su mujer.

-La quiero como nadie se puede imaginar y no sé que será de mi vida cuando ella me falte- al verse tratado con cierto menosprecio, por unos instantes el dolor dejó paso a la irritación.

-Pero en este caso no entran para nada, valor ni fortaleza, sino paciencia y resignación ante la adversidad...¡ y eso es tan duro!

-Si seguimos los consejos de nuestros hijos, que nos han dado

una prueba de valor que debe de enorgullecernos, todos unidos, aún podríamos hallar una solución a tan arduo problema.

-Es inútil forjarse vanas ilusiones, pues ¿cómo vamos a subir hasta el pueblo al equipo médico contra su voluntad, con el grave riesgo que han corrido?

-Recordando aquello, de que cuando una montaña no viene a uno, debe ser uno el que vaya a la montaña, en opinión de nuestros hijos, se podría bajar a la paciente hasta el sanatorio de la Villa, donde sería atendida, y salvada en última instancia.

-Pero eso es absurdo, ¡un auténtico disparate!.¿Cómo vamos a pasar por una verdadera montaña de hielo y piedras, cargados además con una moribunda?. Gracias...¡muchas gracias!, pero no me hagáis concebir sueños irrealizables.

-Quieras o no, vamos a intentarlo; medio pueblo, excluyendo a mujeres y niños, hemos decidido llevar a cabo la empresa.

-Agradezco la colaboración...¡lo agradezco en el alma y jamás lo olvidaré!, pero bajo ningún concepto puedo permitir, que por tratar de salvar la vida de mi mujer, puedan perderse otras.

Una voz surgió desde otro grupo.

-Es que nosotros, que somos tus amigos, no podemos consentir que otros realicen esa marcha, mirando impasible como ellos lo intentan; por consiguiente, bajo la dirección de Juanjo, que ha demostrado ser el más valiente y decidido, emprenderemos de inmediato la marcha, confiando en que tú también seas de la partida.

Totalmente desconcertado, se encaró con los habitantes del pueblo, que formando un pequeño batallón, enfundados en sus ropas de abrigo y provistos de picos y palas, estaban dispuestos a efectuar la peligrosa travesía, y con voz que la emoción y el asombro entrecortaban se dirigió al grupo.

-¿No habéis pensado que se trata de una masa ingente de hielo, nieve y piedras? según dicen los chavales, que son los únicos que lo han visto, una verdadera montaña, y lo que aún es peor, que con el movimiento de la multitud aquí presente, y con los inevitables golpes para abrirse camino, se arriesgarían a una nueva avalancha, en la que todos sin excepción, perderían la vida.

-Lo sabemos de sobra, pero estamos dispuestos a correr ese riesgo.

-Pero mi conciencia me impide...- una voz femenina le cortó la palabra.

-Déjate en paz de conciencias y si no quieres venir, no te opongas a lo que tenemos bien decidido, pues contigo o sin tí, vamos a intentarlo, y si alguno tuviera la mala suerte de morir en el empeño...¡de una manera o de otra hay que dejar este mundo!- terminó riendo la que así había hablado.

-Tu hablas de esa forma, ya que como mujer no vas a correr ese riesgo...

-¡Alto ahí, amigo!- fue la réplica inmediata de la que acababa de hablar- porque yo seré de la partida para estar al lado de Nisia y ayudar en cuanto me sea posible.

Era patético ver a aquel hombre tan fornido, con la cara tempranamente arada de arrugas por los años, expuesto a las inclemencias de los agentes atmosféricos, con los ojos arrasados de lágrimas, indeciso con la conducta a seguir, hasta que un lamento más angustioso y fuerte de la enferma, resolvió todas sus dudas.

-Quiero declinar toda responsabilidad sobre los peligros de esta disparatada empresa, pero juro por Dios, que sea cual sea el resultado, viviré eternamente agradecido, y mis bienes y mi persona, estarán siempre a disposición de todos, sin excepción alguna.

A partir de ese momento, la actividad fue frenética. Decenas de hombres, provistos de toda clase de herramientas para luchar contra los elementos, llevando en medio una camilla con la moribunda, se pusieron en marcha, encabezados por los dos resueltos muchachos.

Eusebio le gritó a su hijo.

-Te prohibo Juanjo que vengas con nosotros, porque esto es cosa de hombres...

-No voy a obedecerle, porque ¿quién de todos conoce mejor el camino, que yo ya he recorrido de ida y vuelta?

-Al menos Tivo, quédate con las mujeres por si necesitan alguna ayuda.

-Me estás insultando porque ¿Con qué cara me voy a presentar ante mi pandilla, si ellos saben que en el momento de peligro, me he arrugado como una acordeón. Por lo menos quiero que digan,

que soy tan valiente como Juanjo, que a juicio de todo el pueblo se está portando como un verdadero héroe.

Bajo la dirección de los dos muchachos, llegaron sin novedad hasta el nombrado obstáculo, quedando todos asombrados, a la par que asustados, por la enormidad de la tarea que se presentaba ante sus ojos, pero los dos jóvenes habían trepado por las vertientes, y desde la altura, indicaban el camino más propicio para trazar un sendero practicable.

Fue una lucha frenética, en la que los hombres que trabajaban en cabeza se veían desplazados por los que venían detrás. En su afán por colaborar en la urgente tarea de la salvación de dos vidas, el trabajo se convertía en una lucha contra reloj, y los hombres, acostumbrados desde niños a los trabajos más duros, eran verdaderas máquinas de laborar. Desgraciadamente, en algunas ocasiones, la ruta que habían abierto con tanto esfuerzo, se cegaba por los lados, viéndose obligados a rehacer la dura tarea y siempre bajo la terrible amenaza de que una nueva avalancha les sepultara, condenándoles a la más horrible de las muertes.

Inesperadamente, un obstáculo imprevisto amenazó con dar al traste todos sus esfuerzos, pues unas nubes negras cubriendo el cielo, les anunció que la noche se acercaba con su oscuridad, lo que hacía presagiar un final desastroso para su empeño, cuando tan cerca estaban de conseguirlo, y aunque la labor continuaba al mismo ritmo, por desgracia se verían obligados a suspenderla.

De pronto ¡oh milagro! unos fuertes focos iluminaron la escena y todas las miradas se volvieron a los dos muchachos. Éstos previendo lo que iba a suceder y aprovechando que en aquellos

instantes su misión era la de simples espectadores, habían regresado al pueblo, cogiendo dos potentes faros de un coche con su bateria correspondiente y colocándolo todo sobre un trineo, habían llegado en el momento oportuno.

Los animosos voluntarios desde el fondo de sus corazones agradecieron la feliz iniciativa, que les permitiría seguir picando y paleando sin descanso, hasta conseguir abrir un estrecho sendero, pero suficiente para el paso de la camilla, con todos los componentes del grupo, quienes una vez salvado el peligroso obstáculo, desahogaron su emoción, lanzando estruendosos vivas, en tanto que los valientes muchachos, incansables en sus labores, se deslizaban raudos hasta la villa, para anunciar la próxima llegada de la numerosa expedición, y tuvieran a punto el quirófano.

Fueron dos horas de tensa espera, hasta que hizo su aparición un médico, que con gesto serio preguntó.

-¿Está entre ustedes el marido de la mujer que acaba de ingresar?

El llamado Eusebio, ante la solemnidad de las palabras, que parecían anticipar un desastre, hizo un gesto de afirmación, ya que hablar no le salía del cuerpo.

-Pues le felicito cordialmente, porque de haberse demorado un poco más de tiempo, sólo tendríamos que hablar de cadáveres. Su llegada ha sido in extremis, pero afortunadamente, salvo imprevistos de última hora, puede contar con su esposa y con un nuevo habitante de su pueblo, pues ha dado a luz un hermoso varón.

La feliz noticia dió lugar a un vocerío atronador, intercalándose abrazos y vivas, preparándose rápidamente para el regreso, olvidados de fatigas y peligros pasados.

Las mujeres del pueblo se habían reunido en el edificio que hacía las veces de sala de juntas del Ayuntamiento, aguardando toda la noche en angustiosa vela, en espera de noticias de sus maridos, involucrados en una tarea llena de peligros, ya que todas eran conscientes del enorme riesgo que suponía abrirse paso, con la rapidez que el caso requería, en un lugar proclive a las avalanchas. Más de una tumba del pequeño pueblo, proclamaba en su epitafio, que el cuerpo allí sepultado, lo había sido a consecuencia de imprevisibles desprendimientos de hielo y nieve.

El tiempo fue transcurriendo con lentitud desesperante, sin posibilidad alguna de saber noticias de los ausentes, pensando con el natural egoísmo de cada una, en sus familiares, dejando en segundo término la salud de la enferma, causa y motivo de aquella extemporánea y arriesgada aventura.

Al amanecer sonó el timbre del teléfono, y unas manos ansiosas cogieron el auricular, en tanto todas las cabezas se inclinaban, entre ansiosas y preocupadas, hacia la mujer que mantenía la conversación.

-¡Aleluya!...¡aleluya!- gritó la oyente, desbordando optimismo y alegría- La expedición llegó sin novedad, y la Nisia ha tenido un hermoso niño, estando ambos fuera de peligro.

-¿Y qué pasa con los hombres del grupo portador?- preguntó una de las presentes, con natural ansiedad.

-Todos menos Eusebio, que se ha quedado para hacer compañía a su mujer, aunque cansados han emprendido el regreso a sus casas, por lo que no tardaremos en tenerlos aquí con nosotras.

Pocas veces se había visto en el lugar, un recibimiento más alegre que el manifestado a la llegada de la expedición, y en la misma Sala de Actos, los besos y los abrazos no parecían tener fin.

El alcalde, que como es natural había sido uno de los componentes del grupo, subido en el estrado, manifestó con voz emocionada.

-Propongo que se haga constar en el Acta, el heroico comportamiento de la totalidad del pueblo, sin distinción de clases ni matices, habiendo colaborado hombres, mujeres y jóvenes, mostrando con su conducta valiente y desinteresada, que han finalizado rencores y odios seculares que a nada conducían, proponiendo que se ponga en la plaza una placa que recuerde esta brillante efemérides.

Cuando cesaron los aplausos, el alcalde sin bajarse de su sitial, continuó.

-Propongo asimismo, que en el Acta se haga constar, el enorme valor y genial iniciativa desplegadas por lo jóvenes Juanjo y Tivo, principales artífices del éxito de esta singular hazaña.

-Creo- dijo con voz clara el primero de los citados- que todo el honor de esta misión, debe de recaer sobre mi amigo Tivo, porque yo, al fin y al cabo, lo hacía impulsado, por el cariño a mi madre, pero en cambio mi ahora íntimo amigo, aquí presente, con un valor a toda prueba, ha demostrado sus nobles sentimientos...

-No quiero ni admito distinciones- dijo el aludido con la mejor sonrisa- porque estoy seguro de que si el caso hubiera sido a la inversa, también yo hubiera podido contar con su desinteresada ayuda-. Tras estas palabras los dos muchachos se fundieron en un estrecho abrazo, entre los aplausos de los asistentes.

El alcalde prosiguió su alocución.

-Todos, sin distinción alguna, merecemos la más alta calificación, por nuestra desinteresada ayuda ante una situación tan peligrosa y singular, que ha puesto en evidencia los sentimientos de amistad y confraternidad, que en el fondo de todos los vecinos yacían aletargados, a causa de una funesta tradición...

Su voz fue ahogada por los vítores y los aplausos de todos los presentes, sobresaliendo la algarabía que producían los muchachos, que abandonaban la estancia llevando a hombros a los héroes del día, cuya actuación había derivado de una feroz pelea personal, a un acto admirable de CONFRATERNIDAD.

DE PITÍN A PELUCHO

- Cuéntame un cuento abuelito.

-Muy bien ¿cómo le quieres, de hadas, de gigantes traganiños, de princesas encantadas…?

-No, que esos les conozco todos.

-Cuéntame un cuento, donde aparezca un perro pequeño.

-Bueno, ya que así lo quieres, te voy a contar uno,

Desde el quicio de una puerta de un modesto chamizo, situado en una calle de tercer orden, una elegante señora que acababa de apearse de un lujoso coche, contemplaba con gesto de repugnancia, el sucio portal donde un zapatero de los llamados "remendones", se afanaba en el arreglo de la suela de un deshechurado zapato, cuyo aspecto, más que un arreglo, pedía a gritos ser arrojado a la basura.

Tras la elegante señora, podían percibirse a dos hombres de fornida complexión, con todas las apariencias de guardaespaldas, que contemplaban sonrientes el espectáculo, que no por cotidiano, dejaba de ser entretenido.

La señora, volviéndose a sus compañantes, manifestó con gesto duro y voz acostumbrada al mando.

-Sin la menor duda, tienen ustedes que estar muy equivocados, porque en una pocilga como ésta, mi Pitín no resistiría ni veinticuatro horas.

A pesar de sus palabras, se volvió al modesto zapatero, con acento que demostraba el mayor de los desprecios.

-¿Ha visto usted por casualidad a mi perrito Pitín, una monada de perro, que hoy hace ocho meses y cinco días ha desaparecido de mi domicilio?. Se trata de un pequeño perro, limpio, listo, cariñoso…

El interpelado, soltando la lezna que empuñaba firmemente en su diestra, se quedó mirándola con aire de sorpresa.

-No conozco ni he visto en mi vida, un animal de las características que usted acaba de mencionar.

La señora se volvió a sus acompañantes.

-Ya les había advertido, que en este asqueroso lugar, mi Pitín no hubiera podido vivir ni un solo día.

Uno de los interpelados se dirigió al zapatero con duro acento.

-¿Por qué dices a la señora marquesa que no tienes perro alguno, cuando nos consta que tienes en tu poder a su querido animal?. No mientas, porque será mucho peor para ti.

-Vuelvo a insistir, que no he robado, ni tengo perro alguno de las características que la señora acaba de mencionar.

Como si quisiera desmentirle, hizo su aparición un perro pequeño, de feo aspecto y de color indefinido, dada la suciedad que cubría todo su cuerpo, que entró dando alegres brincos, dirigiéndose al zapatero, moviendo el pequeño rabo, como expresión de su alegría.

-Menos mal que el perrito se ha presentado a tiempo, porque de lo contrario, este hombre, nos hubiera dejado por mentirosos.

-¿Pero este bicho inmundo y estúpido, no puede ser mi pequeño Pitín?- se escandalizó la dama.

Al escuchar este nombre y la voz que lo pronunciaba, el animal levantó la cabeza e intensificando sus cabriolas, se acercó a la sorprendida señora, que al verlo tan sucio, trató de apartarse con gesto horrorizado. Pero al insistir el animal en sus manifestaciones de alegría, terminó por reconocerlo, cogiéndole entre sus brazos y prodigándole las más cariñosas frases.

-¿Pero que han hecho contigo, mi pobrecito Pitín? ¿Cómo es posible que hayas podido sobrevivir entre tanta inmundicia? ¡Cuánto habrás sufrido!

Volviéndose a continuación al zapatero, cuya cara reflejaba el disgusto que le producía la inesperada visita, que amenazaba con llevarse a su querido perro, le acusó con acento de amenaza.

-¿Por qué me ha robado usted mi perrito? Le voy a denunciar y puede que consiga que le metan a usted en la cárcel.

-Yo nunca he robado nada a nadie- protestó el hombre con energía- Este animalito llegó a mi portal, hace cerca de un año. Estaba cubierto de heridas y muerto de hambre, y yo me he limitado a curarle, darle de comer y ofrecerle un rincón para que pasara las noches al resguardo del frío y de la lluvia, y que me está agradecido, lo demuestra con la alegría que siente al verme, cosa que no haría

si le hubiera maltratado. Desde su llegada, no se ha apartado de mi lado ni un solo instante.

-¿Por qué no se lo devolvió a su dueña?. No diga que por no estar informado, ya que el anuncio de su pérdida ha venido en todos los periódicos de la nación.

-No he leido ese anuncio, por una sencilla razón, que como apenas sé leer y escribir, nunca leo la prensa.

-Siendo así- intervino uno de los acompañantes- se queda usted sin la magnífica recompensa prometida a aquel que se lo devolviera a su dueña.

-De todas formas- razonó el zapatero con gesto de pena- siento más la pérdida de Pelucho que la gratificación que ofrecían a quien se lo devolviera, ya que se trata de un animal muy gracioso y a quien he llegado a querer mucho.

-¡Vaya apelativo tan feo que le ha puesto!. Mira que llamar Pelucho a mi querido Pitín, aunque dentro de lo que cabe, le encuentro bastante gordo y fuerte.

Tras corresponder a las carantoñas con que el perro manifestaba su alegría por el encuentro, la señora preguntó.

-¿Supongo que a primera hora de la mañana le daría esa carne especial para perros?

-No señora.

-Por el mediodía a mi Pitín le encantaban los trozos de solomillo, pasados ligeramente por la sartén. ¿Se los daba usted?.

-No señora.

-¿Puede decirme entonces qué le daba por las noches antes de acostarse?

-Yo no le daba nada durante el día, porque él sabía agenciárselas por su cuenta, y en casos de emergencia, cuando las condiciones atmosféricas no le permitían realizar sus correrías, yo le reservaba las sobras de mi cocido.

-¡Qué horror..., pero qué horror!. Mi Pitín comiendo la bazofia que quedaba de la cena de un pobre pordiosero.

Tras una pausa, que la señora dedicó a hacer fiestas al perrito que tenía en su regazo, murmuró con acento lastimero.

-Va a ser inútil preguntar qué le daba para postre, porque me imagino que estando acostumbrado a bizcochos mojados en leche muy azucarada, se negaría a tomar cualquier otra porquería que le pusieran en el plato.

-En eso se equivoca señora, porque para el final, siempre le reservaba algo especial, que le gustaba mucho.

-Dígame por favor ¿cual era ese plato tan selecto que le reservaba para el postre?

Aprovechando que la dama había dejado al perrito en el suelo, el zapatero dió un silbido, al que respondió el animal tensando las orejas, y dando un soberbio salto atrapó en el aire un hermoso hueso que llevaba adherido abundante carne cruda, que se puso a morder con evidente satisfacción.

-¡Un hueso!- se escandalizó la marquesa- No me explico cómo puede haber resistido mi Pitín tanto timpo al lado de un maltratador de esta especie. Vámonos, antes de que avise a la Policía y a la protectora de animales, para que le detengan.

-No crea señora que me asusta con sus amenazas, ya que no hay nada punible en mi conducta, pues en este caso me he limitado a cuidar de un perro abandonado, muerto de hambre y moribundo, y en cambio usted se lo va a llevar sin pagar un céntimo por su alimentación y su cuidado, y aunque ahora está más sucio que a la llegada, en cambio está más gordo, por consiguiente hay un saldo a mi favor. Aunque sienta separarme de Pelucho, sólo me queda decirle ¡adiós señora, y que les vaya bien a los dos!.

-Antes de despedirme- dijo la marquesa- ¿podría decirme en que se entretenía mi perrito a lo largo de los días?

-Deambulaba por los mercados, buscando siempre algo que comer, y a veces perseguía a las ratas, de las cuales ha hecho una buena limpieza por estos alrededores.

-Esto es inaguantable. Mi Pitín cazando ratas y ratones ¡inconcebible!

El mimado chucho, volvió a su vida regalada anterior, limpio y perfumado, con comidas selectas y paseos por los jardines, y sujeto siempre con la necesaria cadena, llevando a su lado una persona, que vigilaba todos sus movimientos.

Transcurridos unos meses de los sucesos narrados anteriormente, se vió precisada la señora marquesa a cambiar de residencia, poniendo especial cuidado en habilitar en el maletero del coche, un lugar desde el cual, pudiera realizar un viaje cómodo el mimado perrito, no cerrándolo totalmente, para que pudiera respirar cómodamente durante el trayecto.

Al llegar a su destino, la sorpresa y el disgusto de la señora fueron enormes, al comprobar que el lugar, donde debiera hallarse el perro, se hallaba vacío, sin posibilidad alguna de encontrarle, por ignorar dónde a lo largo del viaje, había tenido lugar su desaparición.

A las reiteradas preguntas, el chófer se limitó a contestar

-Su fuga ha tenido lugar forzosamente a la salida, al detenernos a llenar el depósito de gasolina, pues el resto del viaje lo hemos efectuado a gran velocidad y sin detenernos ni un solo instante.

-¡Pitín!...¡Mi Pitín! ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿no he satisfecho siempre tus caprichos?¿No te he mimado y cuidado con el mayor cariño del mundo? ¿Quién podrá tratarte en el futuro mejor que yo?

A la buena señora no le cabía en la cabeza, que el instinto de su

animal le advertía, que el cambio de domicilio conllevaba para él, una vida cómoda y regalada, pero muy aburrida y falta de todo aliciente, por lo que había preferido volver al lado del modesto zapatero, pensando sin duda, que lo que perdía de vida regalada y exquisitos cuidados, lo ganaba con creces en libertad, aventuras y alegría.

FIN

UNOS VERSOS COMO EPÍLOGO

LA GALERNA

I

El viento suave ha rolado,
la luz se transforma en bruma,
entre sombríos presagios,
ruge el huracán y triunfa.
Las aguas vivas se agitan,
como gigantescas furias,
y las lanchas pescadoras,
unas en alocadas plumas, que al
impulso de las olas, suben, bajan
o se juntan. Dispuestos se hallan
los hombres, a no entregarse sin
lucha, aunque al igual que a sus
naves,
agua y miedo les inundan…….

II

¡Cómo ruge el viento fiero!
la negra noche ¡qué oscura!
en el aire ensordecido,
lobos furiosos aúllan.
La mar encrespada muestra,
blancos festones de espuma,
y en el ambiente aterrado,
¡luces de muerte se escuchan!

III

Los inmensos nubarrones,
han devorado a la luna,
y allá junto al rompeolas,
rezos y voces confusas.
Son las mujeres, las madres...,
muchos faltan, pues son muchas.
¡Sálvales Virgen del Carmen!,
¡Muéstrales la buena ruta!,
¡Esperad sin esperanza!,
replica el mar en su furia.
¡Cómo ruge el viento fiero!,
la negra noche ¡qué oscura!

IV

En aquél cuadro dantesco,
unas voces se vislumbran,
doblan la barra ¡temores!, saltan
a tierra ¡angustias!

V

Pocas palabras, los brazos,
son recias tenazas duras.
Las más se van contentas,
libres ya de su amargura.
Las otras son sólo sombras,
sombras pálidas, difusas.
Vence el tiempo a la esperanza,
el dolor se hace tortura,
y en ambiente aterrado,
voces de muerte se escuchan.

FALSEDAD

¡Te espero esta noche, hermosa!
en mis oídos susurrabas.
La fontana rumorosa,
sin obstáculos ni trabas,
corre siempre más gozosa.

El pájaro prisionero,
no quiere jaula dorada,
sino lanzar placentero,
sus trinos a la alborada,
en alarde vocinglero.

Verás que el mundo es bello,
cuando a la luz indecisa,
sientas suave la brisa,
despeinando tus cabellos,
entre protestas y risas.

Respirando el aura pura,
caminaremos errantes,
ebrios de gozo y ventura,
felices en la locura,
de esos sublimes instantes.

Solo un testigo nos vea,
allá en el cielo, La Luna,
y de mis amores sea,
cual incombustible tea,
el altar de mi fortuna.

Accedí a salir contigo,
vencida por tanto amor,
y de ese instante maldigo
¡Falso tú! ¡Falso tu amor!
¡Perjuro y falso el Testigo!

ETERNIDAD

I

A solas en mi aposento,
he empezado a meditar,
sobre la vida y la muerte,
y en lo que después seguirá.
Cuánto sin fin, ni principio,
sugiere la eternidad.
Y en la silente penumbra,
mi reloj marca el compás,
que inunda toda la estancia,
con su rítmico …tic…tac.

II

Anuncia el recién nacido,
con su estridente llorar,
que es un esclavo del tiempo,
de quién nunca ha de escapar.
La vida sigue y termina,
cual relámpago fugaz,
así el reloj me lo dice,
y su sonido es la verdad,
al repetir incasable,
tic .. tac .. tic .. tac.

III

Se piensa en las horas tristes,
mejores tiempos vendrán,

y entonces con paso lento,
parece el tiempo marchar.
Si los días son alegres,
sentimos que deprisa van.
Ilusiones engañosas,
pues siempre ¡siempre! es igual,
pues su marcha es inmutable,
me lo dice este tic …tac.

IV

En lo raudo de esta vida,
preferible es no pensar,
que entre la vida y la muerte,
un segundo ha de bastar,
y ante presagios tan tristes,
el alma sintiendo está,
ansia de luz e infinito,
latido de eternidad.
Mientras escucho angustiado,
tic …tac … tic …tac.

V

Como no estar angustiado,
y horrorizado temblar,
si hasta los astros que giran,
en la región sideral,
saben que cuando llegue,
el reverso del Big-Bang,
y se disgregue en pedazos,
todo el orbe celestial,

seguirá siempre sonando,
tic… tac... tic … tac.

VI

Somos nube que se pierde,
del cielo en la inmensidad,
ligera mota de polvo,
que arrastra fuerte huracán.
Vorágine sin retorno,
que a la Nada llevará,
abismo de negras sombras,
preludio de eternidad.
El tiempo sigue pasando,
Y se escucha ese tic …tac.

VII

¿Qué es nuestra vida?
Una mota de arena,
inmersa en el mar.
Pequeña voluta de humo,
que muere en la inmensidad.
Soy un átomo aún presente,
que también ha de pasar,
puesto que los hoy futuros,
presentes a su vez serán.
EL hoy, ayer y mañana,
fundidos en un tic tac.

VIII

Hilo infinito que gira,
en gigantesco telar,
con ritmo siempre uniforme,
sin correr y sin parar.
Misterios cuyos arcanos,
nadie puede desvelar.
Sólo sé que éxito y oigo,
nuncio seguro y fatal.
Canto de ruina y de muerte,
tic …. tac …tic … tac.

Nota del autor:

No he de concluir estos versos,
en un tono pesimista,
pues aún falta versificar,
lo soñado por un optimista.

DE LO SOÑADO A LO VIVIDO

Recuerdo que me decía,
en un tono displicente,
cuando yo elija mujer,
me llamarán "exigente",
porque quiero que ella sea,
mas que buena, generosa,
cuando proceda callada,
abnegada y virtuosa.
Aficionada a la casa,
no muy dada a los placeres,
cuidadosa de los hijos,
diligente en sus quehaceres.

Te bosquejo a grandes rasgos,
cuánto de moral exijo,
porque en lo tocante a su físico
¡Ahí si que no transijo!

Dirás que es imposible,
que es una vana quimera,
ya que también ha de ser,
de una belleza hechicera.

Que la mujer cuando pase,
haga volver la cabeza,
dejando al hombre cautivo,
de su gracia y belleza.

Resaltará entre las bellas,
su figura primorosa,
como en un vergel de flores,
destaca siempre la rosa.

Bajo la pálida Luna,
y al fulgir de las estrellas,
olvidaré mis dolores,
mis penas y mis querellas,
cuando suave al oído,
me diga ¡Cómo te quiero!
Y si no encuentro ese ideal,
¡prefiero quedarme soltero!

Viene este recuerdo a cuento,
que le vi esta mañana,
con una mujer muy vieja,
tuerta, coja y estevada.

Tenía el pelo rojizo,
del mismo color las cejas,
la nariz haciendo juego,
con unas disformes orejas.

Al pasar junto a mi lado,
malhumorada reñía,
y era su figura toda,
viva imagen de una arpía.

Sin reparar en mi asombro,
Y mostrándome aquel ser,
me dijo en tono alegre
¡Te presento a mi mujer!

Santiago Malo Segura

Los hechos aquí narrados se desarrollan en Cantabria, en la primera parte del s.XX. Recogen curiosas anécdotas de la vida del autor, entretenidos sucesos verídicos y relatos, confiando que a nuestros estimados lectores les haga pasar un buen rato y les transmita la emoción y nobleza de sentimientos de algunos de sus personajes.